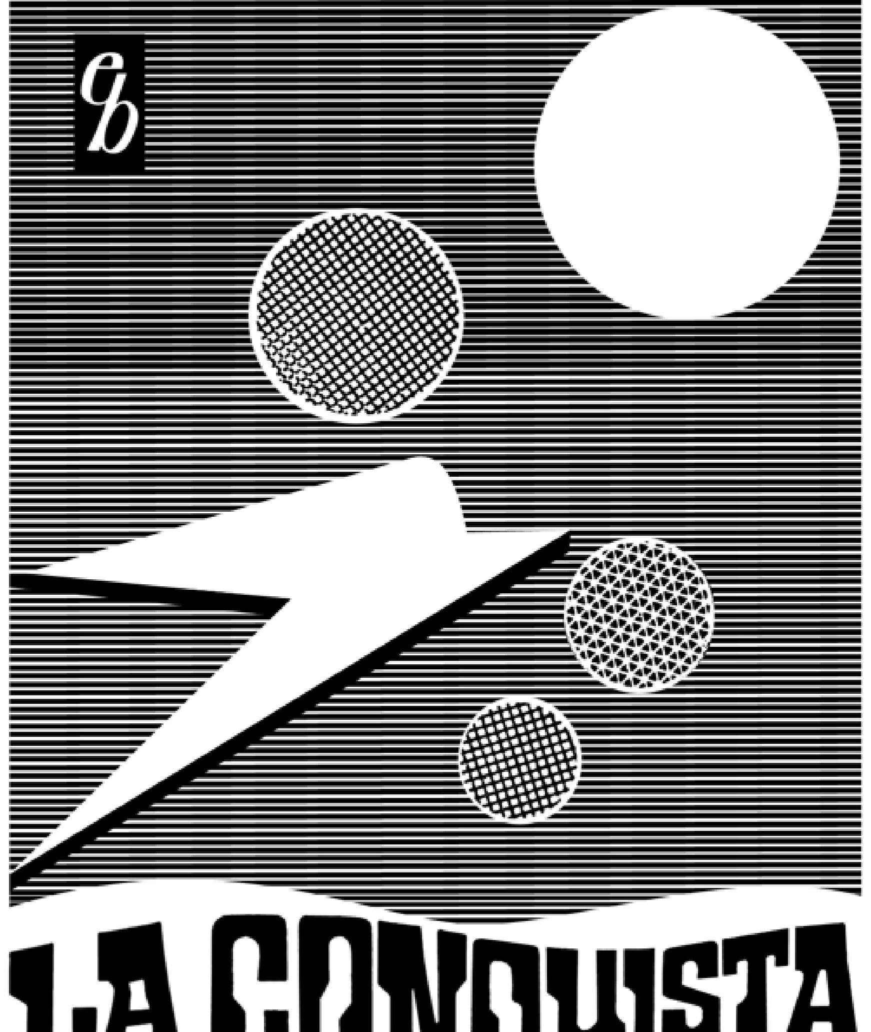


POLICIA ROBOTICA

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

POLICIA ROBOTICA

GLENN PARRISH

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 386

CAPITULO PRIMERO

La noche era tranquila y el cielo aparecía perforado por millones de lucecitas. El verano acababa de comenzar y la temperatura era excelente, sin agobio. Debido a ello, el señor y la señora Stoddard decidieron darse un paseíto por la vecindad, después de la cena.

Los Stoddard constituían un matrimonio ya maduro, aunque no ancianos. Eran gente apacible y muy bien educada, apreciados por todos los vecinos de aquella zona residencial. Amables y serviciales, no tenían nunca un no para nadie y estaban siempre dispuestos a ayudar a cualquiera que lo necesitara.

En aquella zona, el movimiento de personas era más bien escaso. Los señores Stoddard paseaban por la amplia avenida, bordeada de tilos, disfrutando de la excelente temperatura de la noche y del agradable ambiente producido por los árboles del paseo y los que había en los jardines particulares de la vecindad.

De pronto, dos hombres les salieron al paso. Uno de ellos empuñaba con la mano derecha un artefacto que la mayoría de la gente creía ya olvidado: un revólver.

—¡Arriba las manos!

Dina Stoddard lanzó un chillido de susto.

—¡Henry, nos atracan!

—Sí —dijo el ladrón.

El otro permanecía silencioso, un par de pasos detrás, como si vigilase la operación. Henry Stoddard se quedó como paralizado por la sorpresa.

—Pe..., pero eso no se puede hacer... —dijo.

—Lo estamos haciendo, ¿no? —contestó el atracador burlonamente—. Vamos, venga la pasta o empezará el reparto de plomo.

Stoddard se dio cuenta de que el hombre hablaba en serio y prefirió ceder.

—Está bien, pero no llevo más que unos pocos dólares encima...

—Lo que sea —gruñó el forajido.

Veintidós dólares cambiaron de dueño. A continuación, el atracador se apoderó del reloj del señor Stoddard, que era de oro macizo y luego se acercó a su esposa.

—¡Los pendientes! —exigió.

—Son recuerdo de mis bodas de plata...

—¡Démelos o se los arranco de las orejas! —rugió el atracador.

—Dáselos, nena —dijo Stoddard—. El mayor de los bienes materiales no me consolaría de cualquier daño que pudieras sufrir,

por ínfimo que fuese.

—¡Qué bien habla! —se burló el ladrón.

Los pendientes pasaron a su poder. Entonces, cuando el ladrón se movió un poco y la luz de un farol cercano cayó sobre él, la señora Stoddard reparó en un detalle que el susto le había impedido apreciar hasta aquel momento.

Sobre la cabeza del sujeto emergía una delgadísima varilla de metal, de unos veinticinco centímetros de largo, rematada en una diminuta bola brillante de cinco milímetros de diámetro.

—¡Henry, es un robot! —chilló.

El señor Stoddard se quedó paralizado por el asombro.

—Hasta aquí hemos llegado —murmuró.

—Sí, soy un robot —confirmó el atracador.

En la cabeza de su acompañante se veía una varilla. Stoddard pensó que el mundo debía de haberse vuelto loco. Hasta los robots se atrevían ya a asaltar a los transeúntes.

Unos momentos después, los dos ladrones se habían escapado en la oscuridad. Henry Stoddard maldijo amargamente la idea que había tenido de dar un paseo después de cenar. Pero luego, como ciudadano consciente de sus deberes, se dispuso a hacer lo que convenía en una ocasión como aquélla.

Minutos más tarde, estaban en una comisaría, denunciando el hecho. Después de tomar sus notas, el sargento les dijo que los ladrones no podían haber sido robots.

—¿Cómo puede saberlo usted, si no estaba presente? —exclamó el señor Stoddard.

—Por varias razones —contestó el funcionario policial—: La primera de ellas es que ningún robot puede llevar armas...

—Aquel robot tenía un pistolón en la mano —dijo Dina Stoddard indignadamente.

—No lo dudo, pero era un humano. Y, aparte de que los robots tienen prohibido hacer daño a los humanos, sé, por experiencia propia, que un robot no puede atracar a la gente.

—Vamos, sargento, no diga necedades —refunfuñó el señor Stoddard muy enfadado—. No sólo lo vimos nosotros, sino que él mismo lo admitió.

—Usted no estaba delante, nosotros sí —agregó la otra víctima.

—Señora, sé lo que digo —contestó el sargento pacientemente—. Un robot no puede ser ladrón, porque eso causaría daño a los humanos. Pero sí puede ser policía.

El sargento se llevó la mano a lo alto de la cabeza y desplegó una antenita semejante a la que los señores Stoddard habían visto no más de media hora antes.

—Yo también soy un robot —dijo el sargento con placentera sonrisa.

*
*
*

Con el ánimo ligero y una canción en los labios, Maynard K.

Dobbs, alias Andy, caminaba por el viejo camino sombreado de árboles, equipado de una forma ya desusada en los albores del siglo XXII. Dobbs llevaba una mochila a su espalda y vestía camisa y pantalones cortos. Se cubría la cabeza con un anticuado sombrero de paja, de ala ancha, y usaba bastón con contera de hierro. Para proteger sus retinas del brillante resplandor del sol, usaba gafas oscuras.

Dobbs silbaba mientras caminaba, la mochila contenía cuanto necesitaba, pero no parecía pesarle. En aquellos momentos, con todos sus bienes a la espalda, se sentía el hombre más feliz del mundo.

De repente, algo arrojó una sombra sobre el camino. Dobbs alzó la cabeza. Un aeromóvil flotaba a pocos pasos de distancia.

Por la ventanilla del lado izquierdo, asomó un encantador rostro femenino.

—¡Eh, amigo! —dijo la chica—. ¿Quiere que le lleve?

—No, gracias —contestó Dobbs, sin detener su marcha.

—Pero se va a cansar...

—Sí, y de este modo, por la noche dormiré como un tronco.

Ella le contempló con admiración.

—Tipos como usted ya no se ven hoy día —dijo.

—Porque no saben apreciar las cosas buenas de la vida —rió Dobbs.

—Creo que... su forma de pensar es un poco incómoda. Si quiere pasar unas vacaciones en el campo, ¿por qué no usó su aeromóvil?

—Tengo unas piernas magníficas, dicho sea en el sentido muscular —repuso Dobbs jovialmente—. No quiero que se me oxiden.

—Y acampará al aire libre.

—Por supuesto.

La chica hizo un gesto con la cabeza.

—De verdad, no le comprendo..., pero casi le envidio —dijo.

—En cambio, yo soy feliz, porque no envidio a nadie.

La charla se producía, mientras Dobbs y la muchacha seguían su camino, aunque utilizando muy distintos medios de locomoción.

—En fin —dijo ella—, tengo que irme. Lamento no poder ayudarle.

—Ya me ha ayudado con su simpatía —sonrió Dobbs.

Ella sonrió también. Agitó una mano y retiró la cabeza de la ventanilla. El aeromóvil ganó altura nuevamente, perdiéndose de vista en contados segundos.

A media tarde, Dobbs encontró el lugar ideal para acampar: la orilla de un riachuelo de abundante caudal y frescas y cristalinas aguas. Había un remanso, en el que se bañó, para quitarse el sudor y el polvo acumulados durante la jornada.

Luego montó el campamento, la tienda de campaña, con el saco de dormir y demás útiles. Aprovechando que todavía quedaban un par de horas de luz, hizo que el recio bastón de paseo se convirtiese en una caña de pescar, por el procedimiento de «estirar» los elementos correspondientes contenidos en su interior. Preparó los cebos, que había llevado consigo, eligió un sitio adecuado y lanzó el anzuelo al agua.

Una hora más tarde, había conseguido cuatro hermosas truchas, ninguna de las cuales pesaba menos de cuatrocientos gramos. Chupándose los dedos anticipadamente, empezó a reunir leña para encender una hoguera.

Cuando ya tenía todo preparado, oyó un ladrido en las inmediaciones.

Un perro apareció a poco. Era más bien pequeño, con manchas blancas y negras y de raza indefinida. Tenía una oreja más alta que otra y unos ojos vivaces y simpáticos. En los flancos se le marcaban las costillas, lo que indicó a Dobbs las privaciones que estaba pasando.

El can ladró de nuevo. Dobbs sonrió.

—Ven, acércate —dijo.

La bestezuela se aproximó, meneando alegremente la cola. Dobbs le pasó una mano por la cabeza. El perro le lamió la mano, mirándole con ojos implorantes.

—Tienes

hambre, ¿eh?

—dijo Dobbs.

El perro ladró.

—Bueno, muchacho, bueno, ten un poco de paciencia. Repartiremos la cena como buenos amigos... —Dobbs colocó la sartén sobre el fuego y puso en ella un buen pedazo de manteca—. Buenos amigos, sí, señor, para eso dicen que el perro es el mejor amigo del hombre...

Se oyó otro ladrido. Luego, el can se sentó sobre las patas traseras, Dobbs lo contempló con simpatía.

—No tienes dueño, ¿verdad? —Había observado la ausencia de collar en el animal—. Bien, si no tienes nada que objetar, puedes quedarte conmigo... Té llamaré... «Eddie», eso es. ¿Te gusta el nombre?

La cola del can se agitó repetidas veces. Dobbs rió suavemente.

—Nos vamos a chupar los dedos —dijo—. Bueno, tú las patas delanteras...

Un cuarto de hora más tarde, las cuatro truchas estaban sobre un plato. Dobbs dejó que se enfriasen un poco y luego dio dos a «Eddie», que las despachó en contados segundos. Al terminar, el perro se alejó una veintena de pasos, levantó la pata junto a un árbol, fue al arroyo, bebió un poco de agua, se limpió el morro con la lengua y regresó, para echarse junto a la hoguera.

—Como las personas, «Eddie» —dijo Dobbs.

Después de unos minutos de reposo, lavó los cacharros en el arroyo y regresó junto a la hoguera, cuyo resplandor se hacía cada vez más mortecino. En el cielo brillaban ya las estrellas.

Un cuarto de hora más tarde, Dobbs sé metió en la tienda de campaña. Se desvistió y se embutió en el saco de dormir. «Eddie» se coló a renglón seguido, echándose a sus pies.

—Preveo que vamos a ser buenos amigos «Eddie» —dijo Dobbs.

Bostezó aparatosamente, estiró los brazos, apagó la lámpara y se echó hacia atrás. Un minuto más tarde, el hombre y el can estaban profundamente dormidos.

Dobbs despertó al amanecer, cuando el sol estaba todavía rojo. Lo primero que hizo fue reavivar la hoguera. Luego se lavó rápidamente en el arroyo. «Eddie» correteó un poco por las inmediaciones, pero se cansó pronto y regresó junto a su flamante amo. Al sentarse sobre sus patas traseras, Dobbs lo miró y le pareció que estaba viendo el can que había constituido desde casi dos siglos antes el distintivo de una conocida marca de aparatos reproductores de sonidos.

Hizo un poco de café, que consumió con un par de galletas.

«Eddie» se comió otra.

—Ahora hemos de levantar el campamento —dijo Dobbs.

«Eddie» meneó la cola. De pronto, emitió un ladrido de alarma.

Casi en el mismo instante y a unos treinta pasos de distancia, se oyó un agudo grito de mujer:

—¡Socorro!

CAPITULO II

Dobbs se levantó de un salto. El grito en demanda de ayuda se repitió.

—«Eddie», vamos a ver qué pasa —exclamó, a la vez que echaba a correr hacia el punto del que parecían proceder los gritos de la mujer en apuros.

En aquel lugar había un espeso grupo de matorrales. Súbitamente, se oyó una exclamación sorprendente:

—¡Quieto ahí!

Dobbs frunció el ceño.

—Oiga, si lo que busca es dinero...

—No, hombre, se lo digo para que no siga avanzando más.

Los arbustos se agitaron un poco. Atónito, Dobbs vio asomar la cabeza de una mujer y su sorpresa se hizo doble al reconocer a la chica que la víspera había querido llevarle en su aeromóvil.

—¡Usted! —dijo.

—Sí —contestó ella, roja hasta la raíz de los cabellos—, E... estoy completamente de... desnuda...

Dobbs sintió unos vivísimos deseos de echarse a reír, pero se contuvo, porque sabía que la hilaridad habría resultado ofensiva para la muchacha, en cuyo lindo rostro se reflejaba una aflicción muy grande.

—¡Caramba! —dijo—, ¿Le ha pasado algo?

—Ayer, al atardecer... Me robaron el aeromóvil, con mi bolso... y el poco dinero que llevaba... Me obligaron a quitarme también las ropas y luego se marcharon...

—Ladrones —exclamó Dobbs.

—Eran unos miserables, sin dignidad...

—Pero usted volaba en su aeromóvil. No comprendo cómo pudieron robarla.

—Había tomado tierra. El ocaso se presentaba magnifico y quise tirar un par de placas. . Soy muy aficionada a la fotografía, ¿sabe?

—Ah, claro. Entonces, los ladrones surgieron del bosque. .

—Sí, pero eso no es lo peor. Los ladrones eran robots. Dobbs se quedó con la boca abierta.

—Oiga, no...

—¡Sí! —confirmó la chica

—. Insisto, eran robots.
—Bueno, es que hoy día hacen unos robots tan perfectos, que se confunden con las personas.
—Pero las personas, como usted y como yo, no llevamos antenitas sobre la cabeza.
—Y sus asaltantes las llevaban.
—Y, además, admitieron ser robots. —La chica estaba a punto de echarse a llorar—. He pasado la noche sin ropa, caminando por sitios en que nunca había estado...
—Bueno, bueno —dijo Dobbs, tratando de animarla—, todo se puede arreglar en este mundo. Veré si es posible conseguirle algo de ropa.
—Usted no tendrá en su mochila; sólo lleva lo puesto... —gimoteó la muchacha, que tenía un precioso pelo castaño.
—Tengo lo suficiente para que no deba avergonzarse de su desnudez —sonrió él—. Y, a

propósito, mi apellido es Dobbs, pero puede llamarme Andy.

—Yo soy Janet Banley —se presentó la chica.

—Ah, y éste es «Eddie» —dijo Dobbs, señalando al can, que estaba sentado sobre sus patas traseras, como un interesado espectador de la escena—. Saluda a la señorita Banley, «Eddie».

—¡Guau! —ladró el perro.

Janet hizo un esfuerzo por sonreír.

—Hola, «Eddie».

—Bien, aguarde aquí voy a traer lo necesario para sacarla de su actual estado de Eva. Por supuesto, no se vestirá con hojas de higuera.

Janet se ruborizó.

—Usted no pierde el humor —dijo.

—A veces —rezongó Dobbs, mientras daba media vuelta.

Minutos más tarde, regresó con dos objetos en la mano. Eran sendas cajas oblongas, la mayor de las cuales medía unos veinticinco centímetros de largo, por doce de grueso y dieciocho de altura. La otra era mucho más pequeña, aproximadamente, la mitad del vo- lumen de la primera.

Desde el otro lado del matorral, Janet contempló intrigada las operaciones que realizaba el joven. Dobbs colocó la caja mayor en el suelo, apoyada en uno de los costados más largos, y tiró de lo que parecían dos antenas paralelas, unidas por una rejilla finísima, de la que sobresalían otras antenas, mucho más pequeñas, en sentido perpendicular y ligeramente convergentes.

Luego abrió la otra caja y, con la ayuda de unas pinzas, extrajo algo que Janet no se sintió capaz de identificar. Parecía un diminuto

trozo de tela de color claro, no mayor que la uña de su pulgar.

Dobbs colocó aquel trozo de tela sobre un palo, que había hincado en el suelo, y a unos cincuenta centímetros de la caja grande. Regresó junto a ésta y maniobró en un pequeño teclado que tenía en uno de sus costados.

Sesenta segundos más tarde, Janet, con ojos incrédulos, vio aparecer una camisa.

*

*

*

Janet estaba ya vestida con camisa, pantalones y zapatillas deportivas. Dobbs había reavivado el fuego y el agua empezaba a humear.

—Señor Dobbs...

—Andy, por favor —sonrió él.

—Bien, Andy, todavía estoy deslumbrada. Aún no me siento capaz de comprender cómo ha conseguido sacar de una caja, que es poco mayor que un paquete de cigarrillos, todo un equipo de ropa para una persona que había sido completamente desvalijada.

—A decir verdad, las ropas que usted lleva son de hombre, que he procurado que quedasen más o menos a su medida. Como es lógico, y puesto que yo no las uso, no le he podido proporcionar prendas de ropa interior.

—Eso es lo de menos ahora. Lo que no entiendo es...

Parece un truco de magia... Dobbs suspiró hondamente.

—Eso es lo que dijeron algunos cuando hice la primera demostración de mi «Movol».

—¿«Movol»? —repitió Janet, atónita.

—Es la abreviatura de modificador de volúmenes. Para decirlo en pocas palabras, mi aparato puede aumentar o disminuir a voluntad el tamaño de las cosas, mediante una lógica modificación del tamaño de las moléculas que componen el cuerpo cuyas dimensiones se desea alterar.

— ¡Pero eso es fantástico! Algo increíble...

—Por eso no me creyeron, Janet —sonrió Dobbs, a la vez que echaba café en un pote.

—No le creyeron..., pero ¿qué más demostraciones podían pedirle?

Dobbs se encogió de hombros. Puso azúcar y crema en el café y entregó el pote a la muchacha, junto con un par de galletas. «Eddie» recibió otra.

—De modo que usted llama «Movol» a su aparato —dijo Janet poco más tarde.

—Sí, y lo llevo en la mochila, con lo que me evito el bulto de un equipaje excesivo — sonrió Dobbs—. Así, en una ínfima cantidad de espacio llevo todo el equipaje: tienda de campaña, saco de dormir, cacharros de cocina, alimentos de repuesto...

—Andy, ese «Movol», ¿puede reducir o aumentar el tamaño de las personas?

—Aún no he hecho el -menor experimento en ese sentido y, a decir verdad, no me atrevo. Una cosa es aumentar o reducir de tamaño una camisa, una pera, Un jamón..., pero ignoro las consecuencias que esto podría tener en una persona. De momento, creo que puede tener aplicación sólo para objetos inanimados, pero pienso que la acción del «Movol» no debe rebasar los límites ya establecidos.

Janet sonrió.

—Algunos tipos bajitos pagarían lo que usted les pidiese por aumentar su estatura — dijo.

—Sí, pero el aumento de dimensiones no es unilateral, sino que se produce en todos los sentidos. Usted está ahora muy bien, esbelta, fina y mide aproximadamente...

—Un metro y setenta y dos centímetros.

—Bien, si le diera por jugar a baloncesto y quisiera llegar a los doscientos diez centímetros, se convertiría en una mujer con una figura física horripilante. La caja torácica y los huesos de la pelvis

aumentarían también en sentido horizontal y el cráneo... No, no le gustaría verse en un espejo, se lo aseguro.

—No le pediré que me aumente el tamaño —rió la muchacha. Se tiró de los faldones de la camisa—. Me conformo con lo que me ha dado.

—Es lo menos que podía hacer —contestó Dobbs.

Después de que Janet hubo saciado su apetito, se planteó un problema.

—Estamos en una comarca solitaria —dijo él—. Precisamente, porque yo deseaba encontrar un lugar semejante... Antes dijo usted que yo no perdía el buen humor — añadió melancólicamente—. Cuando me dijeron que mi «Movol» era un truco de magia, me enfurecí...

—Y decidió retirarse a la vida de eremita.

—Aparte del contratiempo, me convenía. Llevaba ya años enteros trabajando en el proyecto, sin tomarme el menor descanso... Bueno, pero esto no tiene ahora ningún

interés. Hablemos de usted, su problema y la soledad de la comarca. Janet, le aseguro que no llevo en la mochila ningún aeromóvil reducido al tamaño de una tableta de aspirina, de modo que tendremos que viajar a patita, hasta llegar a las inmediaciones de una aerolínea. Y eso costará dos o tres días, por lo menos.

—Bien, en tal caso, yo también haré un poco de vida campestre. Desconozco por completo lo que es dormir al aire libre...

—Le gustará, se lo aseguro.

Janet contempló fascinada las operaciones de reducción de dimensiones de la tienda y demás elementos del equipaje. Al cabo de unos momentos, Dobbs tenía ya la mochila en la espalda y el bastón en la mano.

—¿Vamos?

«Eddie» echó a andar delante de ellos, como un perro fiel.

—Ha encontrado un amo —dijo Janet.

—Sí, es cierto.

Vadearon el arroyo por un punto situado a unos cien metros más arriba, en donde había un grueso árbol caído, que les sirvió de puente. Luego empezaron a caminar hacia el Sur.

—Janet, querría hacerle una pregunta —dijo él, pasado un buen rato.

—Sí, Andy.

—¿Está segura de que los desvalijadores eran robots?

—Andy, no sólo lo dijeron ellos, sino que por muy perfecta que sea su apariencia humana, yo sé bien cuándo estoy delante de un hombre y cuándo estoy ante un robot — contestó la chica firmemente.

Dobbs meneó la cabeza.

—Este mundo se ha vuelto loco —gruñó—. Si los robots se dedican a asaltar y robar a la gente, no sé adónde iremos a parar.

*

*

*

El aeromóvil era capaz para doce personas, pero estaba ocupado solamente por cinco. Uno se quedó en el puesto del piloto. Cuatro se apearon.

Vestían una especie de batas amarillas, como de empleados en alguna fábrica de productos químicos, y cruzaron la acera

resueltamente, hasta penetrar en el Banco. Una vez en su interior, dos de ellos sacaron sendas metralletas de debajo de las batas y encañonaron con ellas a los clientes y empleados.

—¡Manos arriba! —gritó uno de los asaltantes—.

¡Que nadie se mueva! Sonaron algunos chillidos

de terror.

—¡Silencio! —bramó otro atracador—. Permanezcan quietos y no les pasará nada. Sólo queremos una cosa... Tú y tú —señaló a dos de los que habían entrado con él en el Banco—, ya sabéis lo que se debe hacer.

Dos de los atracadores corrieron al otro lado del mostrador. El cajero, aterrorizado, les dejó hacer. En pocos segundos, un gran número de billetes de Banco pasaron a los dos saquetes de tela que los asaltantes habían llevado consigo.

De repente, una mujer se fijó en las antenitas que sobresalían de

los cráneos de los

atracadores.

—¡Son robots! —chilló.

—Lo que nos faltaba —gruñó un cliente que había ido a ingresar una fuerte suma y que, por fortuna para él, ya estaba en poder del Banco. Tenía el recibo en el bolsillo y lo que sucediese a continuación, siempre que no hubiese tiros, le tenía sin cuidado; el Banco respondería de la suma expoliada.

—¡Robots! —resopló una ancianita que había ido a cobrar su pensión—. ¿Adónde hemos llegado? —se lamentó—. En mis tiempos, los robots bien educados no hacían estas cosas.

—Abuelita, en sus tiempos no había robots —dijo con sorna un joven que, al igual que los demás, tenía las manos en alto.

—Ya está —gritó de pronto uno de los asaltantes, a la vez que corría "hacia la salida del mostrador.

—Vámonos —ordenó el jefe.

Los cuatro asaltantes emprendieron la retirada. Desde la puerta, el jefe se volvió y levantó el puño izquierdo:

—¡Poder robótico! ¡Poder robótico! ¡Poder robótico! —clamó por tres veces, en medio de la estupefacción de todos los presentes.

—Era lo único que les quedaba por hacer: mostrarse

revolucionarios —dijo uno.

Los asaltantes salieron a la calle. De, pronto, oyeron a lo lejos el aullido de una sirena policial.

Alguien se había dado cuenta de lo que sucedía y avisado a la policía. El jefe, muy tranquilo, ordenó a sus subordinados que se metieran en el aeromóvil y que se agazaparan bajo los asientos. El se despojó rápidamente de la bata y quedó en pie, junto al vehículo.

El aeromóvil policial llegó con gran estruendo de sirenas y abundante centelleo de luces blancas y rojas. Se posó en el suelo y sus dos ocupantes, pistola en mano, saltaron fuera inmediatamente.

—¡Por allí! —gritó el jefe de los atracadores—, Van por allí.

Los policías, incautos, picaron y echaron a correr. Entonces, el robot sacó la metralleta que hasta entonces había tenido oculta con el cuerpo y disparó una larga ráfaga contra el parabrisas y el morro del aeromóvil de patrulla.

Los dos agentes se hallaban ya a treinta metros cuando oyeron las

detonaciones. Antes

de que pudieran reaccionar adecuadamente, el aeromóvil de los robots alzaba el vuelo y se perdía rápidamente en las alturas.

CAPITULO III

Cuando llegaron a aquel pequeño conjunto de edificios, perdido entre las colinas, Janet lanzó un hondo suspiro.

—Casi me da lástima —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Dobbs.

—Han sido los tres días más maravillosos de mi vida. Creo que desde que era una niña, no había disfrutado tanto.

—No debe de hacer tanto tiempo —sonrió él.

—Mi cara engaña, Andy. Soy mayor de lo que aparento... Pero eso no tiene importancia ahora. Créeme, nunca olvidaré estos días tan magníficos.

—Lo celebro, Janet.

Los edificios formaban como una especie de plazoleta cuadrada, abierta por uno de sus lados. Había una pequeña posada, un restaurante y una tienda, en la que Janet compró algunas prendas de ropa que le eran imprescindibles, mediante un préstamo que le hizo Dobbs.

—Tú sigues, claro —dijo al terminar las compras.

—Sí. Voy a vivir al aire libre durante una buena temporada, probablemente, hasta que vea las primeras hojas amarillas.

—Y el verano está empezando... Sinceramente, te envidio, Andy.

—¿Por qué? Tú también podrías hacerlo, si quisieras, aunque no digo que haya de ser exactamente conmigo. Basta un poco de voluntad y...

Janet hizo un movimiento negativo.

—No puedo, Andy —contestó, escuetamente.

—Como quieras, pero, de todos modos, me alegro de haberte conocido.

—Yo también —murmuró la chica.

Luego tomaron un café en el restaurante. Al salir, Janet se fijó en la estantería donde se vendían periódicos y revistas. Uno de los diarios llamó especialmente su atención.

—¡Mira, Andy! —exclamó.

Cogió el periódico y lo desplegó. En primera plana, con grandes titulares, podía leerse una noticia sensacional:

CUATRO ROBOTS ASALTAN UN BANCO.
DESTROZADO A TIROS UN VEHICULO DE PATRULLA.
BOTIN:
$
124.000.

—Los asaltantes dijeron, además, que ejecutaban su atraco en nombre del Poder Robótico... —leyó Janet, estupefacta—. Pero ¿qué pasa aquí, Andy?

Hondamente preocupado, Dobbs leyó la noticia. Al terminar, movió pesarosamente la cabeza.

—Algunos robots se han vuelto locos —dijo—. Claro que también es posible que nosotros, los humanos, seamos quienes estamos locos.

—Pero eso de Poder Robótico es absurdo, disparatado... Suena a política radical... y los robots no están fabricados para eso.

—Salvo los atracadores, y los que te robaron el aeromóvil...

—Algo raro está ocurriendo —dijo Janet con los labios prietos.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer nosotros para remediarlo?

De pronto, en un poste cercano, centellearon unas lámparas de color ámbar.

—Ya viene el aerobús —dijo Dobbs. Janet se volvió hacia el joven y sonrió.

—Te devolveré el dinero en cuanto pueda —prometió.

—No te preocupes.

—¿Qué camino vas a seguir, Andy? Dobbs tendió el brazo hacia el Sur.

—Te envidio, sinceramente te envidio —volvió a suspirar la chica.

—Vamos, Janet...

—Me has ayudado desinteresadamente y, además, te has portado como un caballero.
—La chica se empinó de puntillas y le besó suavemente—. Que pases un verano feliz.

—Gracias.

Janet se inclinó para acariciar la cabeza del can. «Eddie» meneó la cola alegremente.

—No dejes a tu amo —recomendó Janet.

El enorme vehículo aéreo se detuvo a los pocos minutos. Una escotilla se abrió y la escalera automática se desplegó en el acto. Desde el umbral, Janet se volvió y agitó la mano, antes de desaparecer en el interior del aerobús.

A los pocos momentos, el aparato volvió a levantar el vuelo. Sentada junto a una de las ventanillas del aerobús, Janet, con no poca melancolía, vio la figura del hombre y el perro que se alejaban lentamente hacia la espesura de los bosques cercanos.

*
*
*

El hombre, alto, fornido, de pelo crespo y mirada centelleante, entró en el despacho y vio a una joven vestida con bata blanca, que examinaba unos papeles.

—¡Doctora Banley! —exclamó.

La joven se volvió en el acto y sonrió.

—Doctor Coughler, ¿cómo está? —saludó,

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el recién llegado—. Ha permanecido casi cuatro días ausente, sin que tuviésemos noticias suyas...

Janet prefirió callar su aventura por el momento.

—Me sentí un poco indispuesta —mintió.

—Pero ya se encuentra bien, supongo.

—Sí, perfectamente. Doctor Coughler, estaba leyendo la noticia del atraco perpetrado por unos robots. Sorprendente, ¿no le parece?

—Preocupante, es la palabra exacta, doctora. Ese robo no es el único cometido por unos robots. Nunca había ocurrido nada semejante, créame.

—Hasta ahora, los robots tenían prohibido hacer daño a los humanos. ¿Cómo han podido violar la primordial prohibición que se inserta en sus circuitos de memoria?

—No lo sé —contestó Coughler—. Pero para hallar remedio a la cosa, hoy debo asistir a una reunión con el gobernador, el alcalde y el jefe de policía. Si quiere asistir...

—No creo que mi presencia sea relevante en esa reunión, doctor —contestó Janet—.

Sin embargo, me gustaría conocer más tarde los temas tratados.

—El único tema que se va a tratar es la cuestión de los robots ladrones que, además, se proclaman partidarios de un sedicente Poder Robótico. Además de ladrones, políticos — bufó Coughler.

—Algunos dicen que político y ladrón es una misma cosa, definida con dos palabras distintas — comentó Janet irónicamente.

—Esto no es cosa de broma, doctora —refunfuñó Coughler—, Por el contrario, se trata de algo muy serio... y si no conseguimos parar esta insólita oleada de delincuencia robótica...

—¿Me permite un consejo, doctor?

—Claro. Deme sugerencias, así podré presentarlas yo en la reunión que va a tratar de todos estos casos.

—Muy bien, haga que las autoridades procuren atrapar a alguno de los robots que hayan delinquido o que puedan delinquir en el futuro. Entonces, examinaríamos sus circuitos y podríamos conocer los motivos que los han empujado por la senda del crimen, aunque suene melodramático.

—No es mala idea. Trasladaré su sugerencia a las autoridades y... ¿Va a estar mucho tiempo con nosotros, doctora?

—Hasta el comienzo de mis vacaciones, el mes próximo, puede usted contar conmigo.

—Gracias. —Coughler empezó a meter papeles en una cartera de mano—. La veré mañana, doctora.

—Muy bien.

Coughler se marchó. Janet hizo un gesto al quedarse sola. Un gran científico, pensó, pero ambicioso y sin demasiados escrúpulos, presto a utilizar su excepcional inteligencia para medrar por medios que no tenían mucho que ver con su profesión. Coughler andaba por los cuarenta años y tenía un aspecto sumamente agradable. Sus éxitos con las mujeres formaban parte de la leyenda que él mismo se había creado, con la eficiencia del mejor especialista en relaciones públicas.

Pero en el momento actual, fuesen cuales fueren sus defectos, no había otro científico que mejor conociese a los robots. Y si en el mundo había alguien que pudiese parar aquella oleada de delincuencia robótica, era el doctor Roscoe A. Coughler.

Al cabo de unos segundos, Janet dejó de lado sus reflexiones y volvió al trabajo. Pero, al poco tiempo, detuvo su labor para recordar los días tan agradables que había pasado en el campo, junto al hombre que

había i inventado el sensacional «Movol». La invención del modificador de volúmenes era algo grande, no cabía duda, pero para la joven, aún tenía más importancia el recuerdo de aquellos tres días de vida primitiva.

Las noches frente a la hoguera, el amanecer fresco, con el cielo enrojecido, el olor del campo, con los aromas de las flores silvestres y de los pinos... Y también | el agradable olor de la leña quemada, algo que la gente había olvidado por completo, sumida en una civilización absurda y totalmente mecanizada...

Volver de nuevo a la vida al aire libre era soñar; estaba encadenada a su trabajo, como una esclava de los tiempos primitivos.

*

*

*

—Denme ustedes un robot, atrapado en el momento de cometer un delito, y yo me encargaré de averiguar qué le ha hecho convertirse en un ladrón —dijo enfáticamente el doctor Coughler.

—Hasta ahora, nos ha sido imposible hacer prisionero a uno solo de esos robots —
manifestó el alcalde de la ciudad—. Y debo añadir que la minoría delincuente es ínfima; todos los demás robots, cualquiera que sea el trabajo que realicen, se portan como... como...

—Como personas decentes —se burló el gobernador, que pertenecía, políticamente, al bando opuesto al del alcalde.

—Esto no es cosa de broma, Jack —rezongó el alcalde Mowlinson—. La gente empieza a sentirse molesta y algo de eso te toca a ti también.

—¿A mí? Tú eres el alcalde y el responsable del orden...

—Pero tú representas al gobierno estatal y la fábrica de robots cae dentro de tu jurisdicción.

—A mi entender —intervino Coughler—, lo que estoy oyendo no es sino una discusión de evidente futilidad. Todos somos un poco responsables de lo que sucede, incluyéndome a mí, en mi calidad de supervisor jefe de la fábrica de robots. Pero aquí tenemos al jefe de Policía, quien, hasta ahora, no ha despegado los labios. Seguramente, tiene sugerencias valiosas que hacernos.

—He doblado el número de agentes de vigilancia —contestó el aludido—. Además, he
dispuesto que las parejas de guardias estén compuestas de ahora en adelante por un humano y un robot. Pero puedo garantizar a todos los presentes que todos los robots que forman parte del servicio de orden, están a nuestro favor, si la expresión vale en estas circunstancias.

—Sirve perfectamente —admitió Coughler—. Ahora bien, jefe Landis, ¿cómo ha averiguado la... la bondad de sus robots policías?

—Muy sencillo, encargando a una comisión que hiciese a todos los robots policías, uno por uno y sin absolutamente ninguna omisión, la misma pregunta: «¿Estás dispuesto a obedecer, respetar y evitar todo daño a los seres humanos, en la forma que se te enseñó al ingresar en este departamento de Policía?» Y, caballeros, debo anunciar con satisfacción que las respuestas han sido afirmativas, al ciento por ciento, sin la menor excepción.

—Eso es maravilloso. Pero le voy a hacer una recomendación, jefe. Haga que sus
subordinados, hombres o máquinas, atrapen a un robot, y ya me encargaré de averiguar las causas que lo han empujado a delinquir.

—Es una buena idea —aprobó el gobernador.

—Hágalo cuanto antes,

Fred —pidió el alcalde.

El jefe Landis asintió.

—Haré lo que pueda —contestó—. Pero aquí, afuera, tenemos a los periodistas aguardando. ¿Qué les decimos?

El alcalde Mowlinson se aclaró la garganta.

—Dejen que yo me encargue de dar la referencia de lo tratado en la reunión —dijo. Minutos más tarde, el alcalde largaba un pequeño discursito a los chicos de la Prensa:

—Cierto número de robots con defectos estructurales de origen...

Se investiga con gran

intensidad... No debe de existir la menor preocupación; la ley y el orden están garantizados y las acciones aisladas de unos robots no significan el menor peligro para la comunidad humana... Uno de nuestros más distinguidos científicos y autoridad incontestable en el campo de la robótica, se encargará de las investigaciones en el terreno estrictamente material...

A la_ misma hora en que el alcalde daba su conferencia de prensa, se recibía una llamada videofónica en el despacho del doctor Coughler. Janet atendió la llamada.

Procedía de una hermosa mujer, de unos treinta años, pelirroja y de formas exuberantes, que dijo llamarse Circe Wynn. Janet supo que era pelirroja gracias a los colores naturales de la pantalla del videófono.

—Bien, señora Wynn, el doctor Coughler no está aquí en estos momentos, pero si lo desea, yo tomaré su mensaje...

—Gracias, llamaré más tarde o, en todo caso, intentaría llamarle a su residencia particular.

—Como guste, señora.

Janet cerró la comunicación. Otra «víctima» de los naturales encantos varoniles del doctor Coughler, pensó. Por fortuna, Coughler era soltero y no tenía esposa a quien hacer padecer con sus infidelidades.

A la noche, leyó el diario, con la reseña de lo tratado en la reunión de autoridades. Lo que decía el periodista le pareció un perfecto compendio de imbecilidades.

—Así no conseguirán nada —se dijo, terriblemente desazonada, aunque sin saber exactamente los motivos.

CAPITULO
IV

El gamo se debatía, furioso y amedrentado a un tiempo, mientras que «Eddie» ladraba ensordecedoramente.

—Cállate, «Eddie» —dijo Dobbs.

El perro se sentó sobre sus patas traseras, sin dejar de gruñir. Su amo ató por fin las patas del gamo y lo dejó tumbado en el suelo.

A continuación, preparó el «Movol».

—Lo siento, chico —murmuró, dirigiéndose al gamo—. Hasta ahora, no había hecho pruebas con seres vivientes. Tú vas a tener el dudoso honor de ser mi primer sujeto experimental.

La descarga reductora alcanzó de lleno al gamo, que se convirtió de inmediato en lo que parecía una móvil figurilla de porcelana, buena para adornar un consola. Dobbs cogió al animal, que cabía perfectamente en la palma de su mano y lo contempló con la sonrisa en los labios.

Los ojos del gamo expresaban un vivísimo terror. Dobbs se imaginó perfectamente la terrible sensación que debía de poseer al rumiante, al verse a menos de un palmo de lo que para él era ahora el rostro de un gigante.

Al cabo de unos momentos, depositó el gamo en el suelo y lo hizo recobrar su tamaño natural. Luego lo desató. El gamo huyó a la carrera.

—Espero que lo que ha pasado no deje secuelas desagradables en tu organismo — murmuró. Cuando pudiera, haría pruebas con otros animales y los mantendría algún tiempo en observación.

Pero ahora tenía todo el verano por delante y no quería perderse aquella temporada. Recogió todos sus trebejos, se cargó la mochila a la espalda y, seguido por «Eddie», que saltaba y brincaba alegremente, reanudó su camino.

Una hora más tarde, atravesó una angosta cañada y, casi de repente, se encontró en un profundo valle, de pequeñas dimensiones. Con gran asombro, vio que había una magnífica residencia campestre, rodeada de árboles enormes, de tal modo, que apenas si se podían ver algunos detalles del edificio.

La mansión estaba rodeada por una alta tapia de mampostería. Dobbs se dijo que aquella residencia había sido elegida sin duda por alguien que quería vivir apartado del mundo. Un arroyo descendía de las montañas y cruzaba la propiedad por uno de sus lados. El problema del agua potable quedaba así resuelto en la finca.

Dobbs pensó que no debía molestar en absoluto a los moradores

de la residencia y

decidió pasar de largo, a prudente distancia de la tapia, aunque no demasiado lejos de la puerta que permitía el acceso al interior del recinto. De repente, cuando menos lo esperaba, Dobbs oyó una voz que brotaba a través de un altoparlante:

—¡Andy! ¡Andy Dobbs! ¿Eres tú o estoy soñando?

El que sí creía soñar era Dobbs, porque lo que menos esperaba era que alguien lo reconociese en tan remotos parajes y, todavía menos, que se tratase de una mujer.

*

*

*

El hombre caminaba tranquilamente por la acera, en una de las zonas más discretas de la ciudad. En su mano derecha llevaba lo que parecía una cartera de negocios. En realidad, lo que Buck Peyton llevaba en aquella cartera era un buen montón de billetes de Banco.

Cualquiera que hubiera visto el contenido de la cartera, a aquellas horas, se habría sentido extrañado de que Peyton llevase tanto dinero a las diez de la noche, aunque los que le conocían sabían perfectamente el origen de aquella suma. Peyton era el «representante» de un individuo que había establecido una cuota de «protección» en la zona y llevaba a su jefe el producto de la recaudación conseguida durante un día de «duro» trabajo.

De repente, un hombre le cerró el paso.

—Quieto, no se mueva —ordenó.

Peyton vio el arma que el individuo empuñaba con mano firme y en el acto se hizo el propósito de no permitir el menor deterioro en su precioso pellejo.

—Quiere la «pasta», ¿eh? —rezongó, mientras se preguntaba cuál sería la reacción de su jefe al enterarse de la noticia. Era para echarse a temblar, pero más valía recibir una bronca que no una bala en las tripas, pensó.

Pero, súbitamente, otro hombre emergió de las sombras, igualmente armado:

—¡Policía! ¡Alto! ¡Tire la pistola o haré fuego en el acto!

El atracador obedeció instantáneamente. Peyton lanzó un suspiro de alivio.

—Agente, llega usted en el momento más oportuno —dijo.

El policía llegó junto al atracador y se dispuso a registrarle, por si acaso llevaba más armas, pero entonces, con enorme sorpresa, reparó en algo que le había pasado inadvertido en el primer momento.

—¡Es un robot!

—¡Atiza! —exclamó Peyton. Y entonces, furioso, arreó al robot una tremenda patada en el bajo vientre y lo tiró de espaldas. Se oyó ruido de cosas rotas en el interior del cuerpo mecánico y leves columnas de humo empezaron a salir en el acto por las orejas, la nariz y la boca del robot.

El policía se enfureció.

—¿Por qué lo ha destruido? —gritó.

—Ésa máquina intentó robarme —contestó Peyton de mal talante.

—Tenemos órdenes de capturar prisionero a todo robot que encontremos en el momento de cometer un delito —dijo el agente,

no menos malhumorado—. Y usted, con su estúpida acción, ha impedido que personal experto pueda examinar este robot, para ver cuál es la avería que le induce a atracar a la gente.

—Dispense, yo no sabía...

De pronto, el guardia se fijó en la cartera que Peyton llevaba en la mano derecha. Conocía un poco al sujeto y se imaginó en el acto el contenido del portafolios.

Inmediatamente, sacó la radio portátil y pidió un aeromóvil de patrulla.

—Voy a llevarlo a la comisaría, Peyton —anunció a continuación.

—¿Por qué? Yo no he cometido ningún delito...

—Eso se lo explicará usted al juez —dijo el guardia—. Y puede que también tenga que dar explicaciones por la destrucción de un robot, aunque ese robot haya intentado

robarle. Yo ya había impedido la consumación del delito y su deber de ciudadano era no causar daño a las personas y enseres, habiendo pasado ya todo riesgo de daño para usted.

Peyton apretó los labios. Su jefe, pensó, sabría sacarle del apuro.

*

*

*

Seguido de su fiel can, Dobbs atravesó el enorme jardín y llegó a la puerta de la casa, brillantemente iluminada por dos enormes faroles situados a ambos lados de la entrada. Una hermosa mujer, ataviada con una túnica blanca, muy escotada, le tendió ambas manos.

—Andy, confieso en que la última persona que hubiera esperado ver por estos andurriales eres tú —dijo ella.

—Yo podría repetir las mismas palabras —contestó Dobbs—, No comprendo en absoluto cómo has sido capaz de recluirte en un lugar tan retirado.

—Perdí a mi difunto esposo hace algunos meses y pensé que una temporada de retiro me sentaría bien.

—Oh, murió tu marido... Lo siento, no lo sabía, Circe.

—Son cosas de la vida —dijo la mujer—, ¿Quieres entrar y tomar algo conmigo?

—Claro. —Dobbs se volvió hacia el can—. Aguarda aquí. «Eddie».

El perro se sentó pacientemente en el suelo. Dobbs y su bella anfitriona cruzaron el umbral. Una doncella uniformada apareció casi al instante.

—Ellen, sírvenos de beber —dijo Circe.

—Sí, señora.

—Es un robot —sonrió la dueña de la casa.

—Oh —Dobbs se descargó la mochila y la dejó en el suelo del enorme salón—. Tu esposo te dejó bien situada, Circe.

—No puedo quejarme —contestó ella.

El robot con figura femenina trajo las bebidas. Circe levantó su vaso a la salud de su huésped, tomó un sorbo y luego hizo una pregunta.

—Tenía ganas de vivir una temporada en libertad -contestó Dobbs—, Sol, aire puro, ambiente sano... Me convenía, lo mismo que a ti.

—¿Acaso has sufrido algún desengaño amoroso? —preguntó Circe maliciosamente.

—No; exceso de trabajo.

—Comprendo.

Desde los ventanales del salón se contemplaba un atractivo panorama. Dobbs observó que había numerosos pinos ponderosa, de veinte y más metros de altura, pero el árbol que más llamó su atención fue una gigantesca secoya, situada en la ladera de una colina cercana, de más de cien metros de alto, hasta el extremo de que su punta sobresalía por encima de la cumbre. No lejos de la casa, el arroyo corría saltando por las rocas, que apreció habían sido dispuestas hábilmente por un experto decorador, arreglando y mejorando lo que la naturaleza había creado por sí sola.

—Una bonita residencia —dijo.

—Gracias, aquí me encuentro muy a gusto. Pasé una temporada muy mala con motivo de la muerte de mi esposo, pero ya empiezo a recobrarme.

—No puedes permanecer siempre enclaustrada, Circe; eres joven y todavía tienes derecho a la felicidad.

—Por ahora es prematuro pensar en la unión con otro hombre. Estoy libre y no siento deseos de encadenarme por segunda vez.

—Lógico —convino él. Apuró su copa y la dejó a un lado—. Circe, me agrada infinito haberte visto de nuevo, pero tengo que marcharme.

—¿Cómo? ¿Te vas ya? ¿No quieres ser mi huésped esta noche?

Dobbs fijó la vista en la hermosa mujer que tenía ante sí. Años antes, había existido entre ambos un apasionado romance. Sí, ciertamente, Circe poseía un enorme atractivo y era bella como pocas, pero también resultaba demasiado absorbente. Dobbs no sentía el menor deseo de reanudar unas relaciones que, ahora libre ella, no sabía cómo ni cuándo podrían acabar.

Y no quería hipotecar su libertad, al menos por el momento.

De pronto, antes de que pudiera decir nada, apareció la doncella.

—Señora, el juicio va a dar comienzo ahora mismo —informó.

—Gracias, Ellen.

El robot encendió el televisor y se retiró. Dobbs sintió cierta extrañeza.

—¿Te interesa un juicio televisado? —preguntó.

—Se trata del juicio contra un humano acusado de la destrucción voluntaria de un robot —contestó Circe.

*

*

*

El juicio dio comienzo con las formalidades de rigor. El fiscal acusó al llamado Buck Peyton de haber golpeado el robot número KYR 40-T-662, causándole los graves daños que habían originado la destrucción de sus mecanismos internos, hasta el punto de que el robot podía considerarse completamente inutilizado. El defensor de Peyton alegó que la patada que su defendido había propinado al robot, se debía a una reacción lógica produ- cida en un humano que se había visto asaltado por un ladrón. Admitía los daños causados al robot, pero el jurado debía tener en cuenta las circunstancias del hecho. Peyton no había actuado en ningún momento contra su asaltante, hasta el instante en que se enteró de que se trataba de una máquina con figura humana. El fiscal alegó que el robot tenía un dueño. El defensor dijo que, en tal caso, había que demandar al dueño del robot por no cuidar debidamente del mismo. El fiscal arguyó que el dueño del robot no había podido imaginarse siquiera

que su propiedad hubiese adquirido de pronto e inesperadamente instintos criminales.

El defensor dijo que hablar de instintos en una máquina, era lo mismo que hablar de hiperestesia epidérmica en una roca. El juez manifestó a ambos contendientes que se dejasen de circunloquios y se atuviesen a lo que estrictamente se debatía ante el tribunal que él presidía. El fiscal dijo que podía ser que el robot hubiese tenido la intención de robar a un humano, pero que aquella misma noche y por aquella misma acera, habían transitado centenares de personas, sin sufrir la menor molestia y que sólo había atacado al demandado. El fiscal añadió que era preciso considerar los antecedentes del

demandado, pero el defensor se encrespó y dijo que no estaban allí para criticar o enjuiciar los antecedentes de su defendido, sino para juzgar su conducta en relación con la destrucción del robot. El fiscal dijo que el robot había atracado precisamente a un hu- mano que llevaba mucho dinero y que a ver de dónde había sacado dicho humano seis mil dólares a las diez de la noche y que al jurado le agradaría mucho conocer la procedencia de ese dinero. Entonces, el defensor dijo que su cliente se resignaba a pagar un robot nuevo y la multa que Su Señoría tuviese a bien imponerle, con 1o que el juicio se dio por terminado.

—Pero eso no es una solución —exclamó Dobbs, cuando Circe apagó la pantalla.

—En tu opinión, ¿cuál es? —preguntó ella.

—La solución estriba en atrapar a un robot ladrón y hacerle hablar. Es preciso averiguar por qué algunos robots sufren desviaciones de conducta en sus circuitos y se dedican al robo.

—¿Podría conseguirse?

—Claro. Si ese Peyton no hubiese destrozado el robot, a estas horas ya sabríamos lo que le pasó a esa máquina con figura humana.

—Tú entiendes de robots...

—Un poco. Mis estudios de ingeniería me han llevado por otro terreno, aunque sí sé cómo es un robot por dentro. En fin —sonrió Dobbs—, todo esto no me preocupa en_ absoluto. Estoy de vacaciones hasta el principio del otoño.

—Vuelve a verme algún día, siempre que quieras —pidió Circe con cálida sonrisa. Dobbs oprimió suavemente la mano que le tendían.

—Lo intentaré —repuso.

Luego se inclinó, cargó con la mochila y se encaminó hacia la salida. Desde la terraza exterior, contempló los enormes pinos, presididos por el gigantesco secoya, y movió la cabeza, en un gesto de admiración.

«Eddie» meneaba la cola. Dobbs echó a andar. Cuando llegaba a la puerta, movió la mano en señal de saludo. La puerta se deslizó silenciosamente a un lado y hombre y perro cruzaron el umbral.

Circe estaba todavía en la

terraza. El robot se acercó.
—Señora, le llama el doctor Coughler —dijo.
—
Gracias, Ellen.

*
*
*

El agente O'Hara entró en la comisaría, enormemente satisfecho, detrás de un tipo al que encañonaba con su pistola y al que había obligado a ponerse las manos en la nuca. De la cabeza del prisionero sobresalía una antenita.

O'Hara y el robot estuvieron bien pronto en presencia del comisario Stevens.

—Aquí traigo un prisionero, jefe —dijo el policía—. Lo he sorprendido justamente cuando trataba de robar en la joyería de Santos Maldonado El señor Maldonado vendrá en seguida, para formular una denuncia en regla.

El comisario Stevens se sintió satisfecho de la actuación de su subordinado. O'Hara ni siquiera había puesto las esposas al robot; alguien les había recomendado evitarlo,

debido al temor de un posible cortocircuito. Al fin habían conseguido capturar a un robot ladrón y ahora los expertos averiguarían las causas por las cuales algunos robots abandonaban la conducta que les era inculcada en la fábrica.

—Bien —dijo—, vamos a ver cómo te llamas... —Se corrigió en el acto—. Quiero decir que debes declarar tu cifra de identificación.

—R.Q.A. 19-B-144 —contestó el robot inexpresivamente.

—¿Por qué has intentado robar? —El pensamiento de Stevens era que tal vez podía conseguir algo por sí mismo, antes de que el robot pasara a manos de los expertos.

Pero entonces, ocurrió algo inesperado: los ojos artificiales de la máquina emitieron unos cuantos chispazos. Casi a renglón seguido, empezó a salir humo por los orificios correspondientes a la nariz, orejas y boca. Se oyeron unos cuantos chasquidos y luego, lentamente, el robot se inclinó a un lado y acabó estrellándose contra el suelo.

CAPITULO V

—El comisario le preguntó por qué había intentado robar y entonces el robot «estalló» —dijo Janet.

—Una situación verdaderamente confusa —murmuró el doctor Coughler—. He examinado atentamente los circuitos del robot y los he encontrado quemados por completo.

—La pregunta no tenía nada de particular. Ninguna pregunta puede originar la autodestrucción de un robot.

—A menos que ese robot baya sido previamente instruido por su dueño, doctora Banley.

—Eso es imposible. El dueño de un robot no puede modificar, aunque quiera, sus circuitos de conducta. Ya se construyen así para evitar inconvenientes...

—Al parecer, alguien ha conseguido soslayar ese obstáculo. —Coughler torció el gesto—. Si esto sigue así, nos vamos a ver en la calle. Nadie querrá ya comprar un robot...

—Podría haber una solución —dijo Janet.

—¿Sí, doctora?

—Hay robots policías. ¿Por qué no se encargan ellos de perseguir a los robots ladrones? Coughler se echó a reír.

—Usted propone una solución homeopática —dijo—. Pero hay un obstáculo importante y es que los afectados por los robos son seres humanos. Los policías robóticos son buenos para casos de rutina, guiar la circulación, conducir ambulancias y cosas así. Donde se necesita la auténtica inteligencia, donde es preciso emplear las dotes deductivas, los robots policías fracasan.

—Es posible —contestó Janet, reticente—. Pero esta epidemia de robots delincuentes es, por lo menos, preocupante, ¿no le parece, doctor?

Coughler consultó su reloj.

—Sí —dijo distraídamente—. Dispénseme, doctora, pero tengo una cita muy importante. Seguiremos mañana. Buenas tardes.

Janet miró maliciosamente a su jefe. Sí, ya se imaginaba en qué consistía la entrevista de gran importancia. La señora Wynn se había mostrado muchas veces en la pantalla del videófono. Era una

hermosa mujer y el doctor un tipo muy atractivo, de modo que el resto se suponía con facilidad.

Luego se reclinó en su sillón y, pensativa, empezó a darse golpes en los dientes con el cabo del lápiz, que utilizaba para sus cálculos. De pronto, se le ocurrió una idea.

Durante un buen rato, estuvo sopesando los pros y contras del plan que acababa de ocurrírsele. Pero antes de llevarlo a cabo, se dijo, necesitaría cierto tipo de ayuda que Coughler no estaba en disposición de prestarle.

Además, había empezado a conocer a Coughler y sabía que cuando se iniciaba en una aventura amorosa, se desentendía casi por completo de sus obligaciones. Ella era la que cargaba con la mayor parte del trabajo y, aunque había mucha rutina, quedaba, sin embargo, la tarea suficiente para no aburrirse precisamente en el despacho o en el laboratorio.

Levantó la vista y consultó el calendario de sobremesa. Era jueves por la tarde. Perfecto, ahora llegaba el fin de semana y nadie extrañaría su ausencia de la fábrica.

*
*
*

Desde la altura, Janet divisó la delgada columna de humo que surgía de los árboles. No lejos vio una cascada y una corriente de agua. Le había costado toda la mañana y parte de la tarde del viernes, pero al fin había dado con la persona a quien buscaba.

El aeromóvil perdió altura. En el suelo, «Eddie» ladró con fuerza.

Dobbs estaba terminando de freír media docena de truchas y levantó la cabeza. Al ver el aparato que descendía hacia el claro, frunció el ceño.

—Vienen a molestarnos, «Eddie».

El perro gruñó. Dobbs, sin embargo, continuó su tarea. Pero, de súbito, «Eddie»

empezó a ladrar, a la vez que corría y saltaba, meneando la cola alborozadamente.

El aeromóvil se había posado a cincuenta metros de distancia.

Una agradable figura se ofreció a los ojos de Dobbs.

—¡Janet!

—¡Andy! —exclamó la muchacha.

—Perdona, pero no puedo dejar la sartén.

—¿Tienes truchas para la cena?

—Seis. Ven y compartirás la cena conmigo.

—¡Estupendo!

Janet sacó un pesado saco del interior del aeromóvil y caminó hacia el campamento.

«Eddie» saltaba y corría a su alrededor.

—He venido a pasar el fin de semana con vosotros —dijo Janet.

—Bien venida —contestó él—. Siéntate por ahí; en seguida te daré un plato.

—He traído pan y algunas provisiones: una pierna de cordero, chuletas, carne picada...

—Magnífico. —Dobbs retiró la sartén del fuego y miró a la muchacha—. Estás guapísima, con una objeción —añadió.

—¿Cuál, Andy?

—Tienes la piel de pez muerto. Te conviene dejar tu trabajo por

una temporada.

—Pronto haré vacaciones... Andy, las truchas son un poco pequeñas, ¿no te parece?

—No picaron más grandes, pero si tienes poca cena, podemos freír un par de chuletas de las que has traído.

—Puedes utilizar el «Movol» para aumentar su tamaño —sonrió la chica.

—No daría resultado. El volumen aumentaría, pero no la masa.

—Oh, ya entiendo...

—Yo puedo disminuir de tamaño estas truchas, pero la densidad, es decir, la masa, seguiría siendo la misma. Por tanto, tendrían idéntico peso... y lo mismo pasaría si duplicase sus dimensiones. Nos encontraríamos con una carne esponjosa, quizá de buen sabor, pero nada apetitosa. El «Movol» es bueno para reducir de tamaño un equipaje, aunque su peso seguirá siendo el mismo.

—Bueno, me conformaré con dos truchas pequeñas —sonrió Janet.

La cena resultó muy agradable, completada con un par de chuletas. «Eddie» tuvo su ración y luego Dobbs y la chica quedaron sentados frente al fuego.

Al cabo de un rato, ella rompió el silencio:

—Andy, tengo que decirte algo,

—¿Es importante?

—En cierto modo. ¿Te has enterado de lo que pasa con los robots?

—Sí. Estuve en casa de una amiga y vi por televisión el juicio contra el tipo que destruyó al robot que había intentado atracarle.

—Hace dos días, un policía consiguió capturar a un robot, en el momento en que pretendía robar una joyería. El robot se entregó mansamente y fue conducido a la comisaría. El comisario le preguntó por qué había intentado robar y el robot se inutilizó. Sus circuitos quedaron completamente quemados y no hemos podido sacar nada en limpio.

—¿Es cierto eso? —se asombró Dobbs.

—Sí...

—Un momento —exclamó él—. Acabas de decir «no hemos podido...» ¿Por qué has hablado en plural?

Janet sonrió.

—Andy, es hora de que 1o sepas. Soy doctora en robótica y estoy empleada como segundo ayudante de laboratorio en la fábrica de robots.

Dobbs lanzó un silbido.

—Con esa cara... y esa figura...

Ella se sonrojó ligeramente.

—¿Acaso pensaste que era una estrella de ballet erótico? El físico no está reñido, me parece, con la inteligencia —dijo, un tanto molesta.

—Perdona, no quise ofenderte. Pero es que lo último que se me hubiera ocurrido pensar de ti es que fueses una experta en robótica...

—No lo soy; de lo contrario, no se habrían producido estos hechos tan desagradables, de los que yo fui una de las primeras víctimas, recuérdalo.

—Sí, es cierto. Bien, ¿qué más?

—Desde que se produjo el primer incidente, hemos intentado averiguar lo que sucede con las alteraciones en los circuitos de los robots afectados, pero hasta ahora no hemos conseguido nada positivo. Lo interesante sería atrapar a uno de los robots delincuentes, y la policía se esfuerza en ello, pero, hasta ahora, no hemos tenido ningún éxito.

—Janet, ¿qué harías tú si tuvieses uno de esos robots?

—Oh, es bien sencillo: examinaría el circuito primario de conducta. Algo o alguien ha alterado ese circuito y se puede averiguar mediante el examen ultramicroscópico. Pero si el circuito se quema... bien, es como si quemases un disco o una cinta grabada con música: ya no podrías reproducir los sonidos.

—Entiendo —dijo Dobbs pensativamente—. Tú sospechas que alguien ha alterado los circuitos.

—Pero no en todos los robots, por supuesto. Sólo en algunos... los únicos que, hasta ahora, han cometido asaltos y robos.

—No son muchos...
—Ciertamente, no son muchos —convino Janet—. En el mundo hay numerosas fábricas de robots, pero los incidentes se han producido exclusivamente en la zona de influencia de nuestra fábrica. Puede que haya robots procedentes de alguna otra fábrica, pero no suele ser corriente. Cuando una persona posee un robot y cambia de residencia, suele entregarlo a cambio de un vale, que le da derecho a recibir un nuevo robot en la zona a la que se traslada. Algunos prefieren conservar el robot viejo, pero, en general, son excepciones más bien raras.
—Por lo que tú opinas que todos estos hechos tienen como protagonistas a robots procedentes de tu fábrica.
—Sí.
—Y te sientes desazonada, porque no te gusta que tus robots se conviertan en ladrones.
—Exacto.
Dobbs sonrió.
—Bien, sospecho que no has venido aquí sólo por disfrutar de dos días al aire libre —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte?
—Tú eres un físico notable, el «Movol» lo prueba. ¿Querrías ayudarme?
—Janet, de robótica no tengo más que nociones muy generales, aunque admito que superiores a las de la masa. ¿Qué puedo hacer yo en tu favor?
—Se me ha ocurrido una idea —contestó ella—. Voy a explicártela...
Janet habló durante unos minutos. Al terminar, Dobbs hizo un gesto afirmativo.
—Si sale como dices, puede resultar —dijo—. Y, además, resultaría muy conveniente, porque si la cosa sigue en aumento, la gente empezará a desconfiar de los robots y podría producirse un caos de consecuencias incalculables.
—Eso es lo que yo he pensado —manifestó la chica—. Debemos evitarlo, Andy.
—Haremos lo que podamos... —Dobbs sonrió—, pero el asunto puede esperar todavía hasta el lunes, ¿no es cierto?
Janet contempló la luna, el centelleo de las aguas del cercano arroyo, la figura del perro que dormitaba plácidamente junto a ellos, el bailoteo de las llamas en la hoguera... respiró el aire puro y perfumado del campo y sonrió agradablemente.
—Esperaremos hasta el lunes —accedió.

*
*
*

Por la mañana, Janet, salió de su propia tienda y se encaminó hacia el arroyo, para hacer algo que casi podía decir no había hecho en su vida: tomar un baño desnuda, en plena naturaleza. Después de nadar un rato, se vistió y regresó al campamento.

Ya olía a humo de leña quemada y a café.

—De cuando en cuando, la civilización tiene cosas buenas —dijo Dobbs, jovialmente, mientras ponía cuatro huevos en la sartén—. Hay gallineros... y granjas con cerdos que dan un excelente tocino... Hasta ahora yo me he alimentado solamente de pescado y conejos. Y frutas silvestres, que se encuentran si uno sabe buscarlas.

—No parece que parezcas avitaminosis —rió la chica, al observar el saludable aspecto de Dobbs—. Se me ocurrió que traer unos víveres de repuesto no estaría de más. Por cierto, ¿cómo cazas los conejos?

—Con escopeta, claro. Cuando no la uso, la guardo reducida de tamaño en la mochila, con los cartuchos de repuesto.

—Como la caña de pescar.

—No, ésa va dentro del bastón de paseo.

Mientras desayunaban con magnífico apetito, Janet hizo una pregunta al joven. Dobbs la escuchó atentamente y luego meneó la cabeza,

—Eso es imposible —dijo—. Tú estiras una goma con las manos y aumentará de volumen, pero conservará siempre la misma masa. Toma un cubo de buena madera de pino de un decímetro de lado. Su volumen es de un decímetro cúbico, es decir que pesa unos seiscientos gramos. Con medios mecánicos, se puede comprimir ese bloque de madera y reducirlo a la mitad de su tamaño. Pero seguirá pesando seiscientos gramos.

—Entiendo, Sin embargo, no veo qué ventaja se puede obtener de la reducción dimensional de una cosa, si no se le puede reducir el peso.

—Oh, hay cargas muy ligeras, pero que ocupan mucho espacio... A,veces, un aeromóvil de carga transporta sólo una tonelada de mercancía, debido a que es muy ligera. Esa mercancía ocupa todo el espacio de cargas..., pero si la reduces diez veces su tamaño, puede llevar diez toneladas de la misma mercancía, ¿comprendes? Hay muchas cosas en este mundo a las que se puede aplicar mi procedimiento de disminución de volumen, o de aumento, si es necesario. Una observación clínica de un tejido enfermo... Fíjate si hay cosas en este mundo que pueden aumentar o disminuir de tamaño según las con- veniencias del momento.

—Sí, es cierto -—dijo Janet.

Y, en aquel momento, «Eddie» ladró con fuerza.

Dobbs y la chica volvieron la cabeza, atraídos por lo que parecían ser duras protestas del can contra algo que se acercaba. A menos de cien metros de distancia, se divisaba el brillo plateado de un aeromóvil que se disponía a tomar tierra.

CAPITULO VI

Dobbs se levantó en el acto. Hasta entonces, creía haberse hallado en una zona solitaria, pero el lugar empezaba a ponerse muy concurrido.

—Janet, ¿has avisado a alguien de tus propósitos de buscarme?

—preguntó.

—No, en absoluto.

—¿Nadie sabía que venías aquí?

—No, Andy, no se lo dije a nadie —insistió ella.

—Es un poco tarde y no tengo tiempo de montar el «Movol», para agrandar la escopeta y los cartuchos —refunfuñó él.

«Eddie» seguía ladrando con verdadera irritación y, en vista de que no podía calmarlo, Dobbs lo metió en su tienda y bajó a continuación la cremallera de cierre. Agarró su bastón de paseo y se apoyó en él con aire negligente.

El aeromóvil aterrizó a los pocos momentos. Dos hombres desembarcaron y se acercaron a la pareja. Las antenitas que sobresalían de sus cráneos, cubiertos por sendas gorras de uniforme, delataban en el acto su condición de robots.

En el lado izquierdo del pecho llevaban la placa de policía. Uno de ellos se encaró con la chica.

—¿Es usted el humano llamado Janet Banley? —preguntó.

—Así me llamo.

—Soy el robot policía E.F.Z.-22-R-329. Mi compañero...

—Ahórrese las presentaciones —cortó Janet con sequedad—. ¿Qué es lo que desean de mí?

El robot llevó una mano al bolsillo izquierdo de la camisa y extrajo un documento.

—Esta es una orden de arresto, firmada por el juez humano honorable Septimus Shaddelan. Según la orden, debe acompañarnos, señorita Banley. Janet respingó.

—Pero ¿de qué se me acusa? —exclamó.

—Lo siento, no estoy autorizado a revelarlo —contestó el robot con voz inexpresiva. Dobbs adelantó un par de pasos.

—¿Me permiten? —rogó—. Soy el humano Maynard K. Dobbs, amigo de la señorita. No soy un entendido en leyes, pero creo que a ella le asiste conocer los motivos de su detención.

—No nos han sido revelados —alegó el robot.

—En tal caso, ella no irá con ustedes. Tiene perfecto derecho a

resistirse al arresto.
—Nos han dado la orden de llevarla a toda costa, señor.
—Si ella no quiere ir y ustedes se la llevan por la fuerza, causarán daño a un humano, cosa que tienen prohibida —exclamó Dobbs.
—En tal caso, el responsable de ese supuesto daño será el humano que nos ha encomendado el arresto —dijo el robot, impasible.
Dobbs se volvió hacia la chica.
—Janet, ¿tú conoces al juez Shaddelan?
—No, nunca he oído ese nombre.
Hubo un instante de silencio. De pronto, el robot avanzó hacia la joven.

Dobbs alzó vivamente una mano.

—¡Esperen!

El policía mecánico volvió hacia él sus ojos artificiales, en realidad, los objetivos de sendas cámaras de televisión, que grababan continua y automáticamente todo cuanto entraba en su radio de acción óptica.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó.

—Deseo hacerle una consulta... —Dobbs sonrió calmosamente—. Es decir, si no hay inconveniente.

—Ninguno. Estamos hechos para servir a los humanos, señor.

—Bien, en tal caso, dígame, ¿cuánto es cero multiplicado por cero?

Janet se quedó atónita al escuchar aquella pregunta, pero su asombro subió de punto al oír ciertos extraños crujidos que procedían del interior del cuerpo del robot. Leves columnitas de humo salieron de los orificios de su cabeza, que imitaban los naturales de los humanos. Al cabo de unos segundos, se desplomó sobre la hierba.

El otro robot corrió idéntica suerte.

*

*

*

Janet se sentía maravillada y aterrada a un tiempo.

—Andy, ¿qué les has hecho? ^exclamó.

—Muchacha, tú eres doctora en robótica. Deberías saber que hay una pregunta a la que un robot no puede contestar, sin correr el riesgo de autodestrucción. Y esa pregunta es la que he formulado hace unos instantes.

—Cero por cero... equivale a cero, la nada... —murmuró ella.

—Exactamente, pero ahora no podemos entretenernos en teorías acerca de los efectos que esa pregunta causa en los robots. Tenemos que hacer algo.

—Dime, Andy —contestó Janet, ya más recobrada.

—Alguien sospecha de ti o no hubiera enviado a dos falsos policías para detenerte. Investiga...

—¿Cómo supiste que eran falsos policías? A mí no se me hubiera ocurrido...

—Preciosa, la ley dice que toda orden de arresto debe expresar los motivos de la acusación por la que se procede a detener al supuesto autor del hecho, o será considerada como ilegal. Yo lo sé porque hace años me vi envuelto en un buen jaleo y vinieron dos policías a buscarme. La cosa acabó con el pago de una fuerte multa y de los desperfectos causados en... bueno, no importa ahora dónde; pero los policías que me arrestaron, robots, como ésos, dijeron claramente los motivos de la detención. Y en el papel que me enseñaron, también se expresaban esos motivos.

—Ellos dijeron que no estaban autorizados a revelarlo —recordó Janet.

—Por cuyo motivo, consideré que eran falsos policías. Y lo son, no te quepa la menor duda.

—En tal caso, ¿adónde pretendían llevarme?

Dobbs sonrió, a la vez que señalaba las figuras que yacían inmóviles sobre la hierba.

—Janet, ¿no querías un robot delincuente para examinar sus circuitos con el

ultramicroscopio? Pues ahí tiene no uno, sino dos.

—¡Oh! —exclamó ella—. Tienes razón, Andy, no se me había ocurrido. Sin embargo — agregó, muy preocupada—, podemos vernos en un serio compromiso, cuando sepan que los hemos inutilizado.

—Lo sabrán, de todos modos, cuando vean que no regresan. Por eso te dije antes que debías investigar... en tu aeromóvil. Busca a fondo; apostaría algo a que llevas bien escondido un emisor de señales de radio, señales en una clave determinada, que atrajeron sin duda a estos dos robots.

—Está bien, Andy. ¿Qué haremos después?

—Ya lo sabrás. Anda, empieza a trabajar de inmediato.

Dobbs entró en su tienda y sacó el «Movol». Un cuarto de hora más tarde, Janet se asomó a la portezuela de su aeromóvil y lanzó un grito:

—¡Andy, he encontrado el transmisor!

—Destrúyelo —ordenó él.

—De acuerdo. Pero la señal cesará...

—No importa. Tu abandonaste ayer la ciudad y han tardado casi dos días en localizarte. Eso significa que la señal no llega muy lejos.

—Está bien.

Momentos después, Janet vio que Dobbs se acercaba al aeromóvil, llevando algo con gran esfuerzo, en las manos, que tenía juntas, con los dedos entrelazados.

—Abre el portaequipajes —pidió él, jadeando.

Atónita, Janet pudo apreciar que lo que Dobbs tenía en sus manos era uno de los robots, reducido a la vigésima parte de su tamaño.

—Casi parece un soldadito de plomo..., pero pesa lo misino, es decir, unos cien kilos —dijo Dobbs, mientras se enjugaba el sudor de la frente.

—Es fantástico —murmuró ella—. Nunca había visto una cosa semejante...

Dobbs sonrió y fue en busca del otro robot. Luego acercó su «Movol» al aeromóvil de la policía y lo hizo funcionar.

El vehículo policial empezó a disminuir de tamaño. Cinco minutos más tarde, se había perdido entre las hierbas.

—Les costará mucho encontrarlo, si lo consiguen —le sonrió el joven—. Bien, Janet, tenemos dos robots para examinar, lo cual, de momento, deja inutilizado el plan que me explicaste anoche. ¿Dónde podemos estudiar sus circuitos sin que seamos molestados?

—En mi casa de campo, la misma a la que me dirigía, cuando me asaltaron aquellos tres robots ladrones —contestó Janet.

—Ah, tienes una casa de campo.

—Bueno, es decir mis padres, pero se han ido de vacaciones y ahora no hay nadie allí.

—Entonces, no se hable más. Levantaremos el campamento inmediatamente. Si alguien viene a husmear por estos parajes, encontrará rastros de nuestra presencia aquí, pero no sabrá adónde nos hemos dirigido.

Una hora más tarde, el aeromóvil se despegaba del suelo. «Eddie», con las orejas muy tiesas, estaba sentado en el asiento posterior, silencioso, a causa de la impresión que le producía hallarse en el mismo medio que las aves.

*

*

*

La casa de campo era pequeña, pero agradable y con el espacio suficiente para poder trabajar en ella sin agobios. Estaba en una zona tranquila y poco concurrida, en donde las residencias más próximas se hallaban separadas por distancias de dos a trescientos metros, lo que garantizaba a la pareja una tranquilidad absoluta en su tarea.

Además, y por consejo de Dobbs, llegaron recién anochecido, a fin de evitar miradas indiscretas. Habían pasado el resto del día escondidos en un paraje difícil de encontrar y sólo al atardecer reanudaron el viaje.

Inmediatamente después de la llegada, descargaron el aeromóvil, el que luego quedó guardado en el cobertizo destinado a tal fin. Janet se aplicó a preparar la cena; el frigorífico y las alacenas estaban bien surtidos y poco después de su llegada, estaba la mesa preparada. En el menú figuraban unas buenas costillas de cordero, cuyos huesos devoró «Eddie» alegremente.

Tras la cena, sobrevino una discusión. Dobbs dijo que lo mejor era empezar a trabajar por la mañana, frescos y con los nervios relajados. Janet se hubiera aplicado a la tarea de inmediato, pero reconoció los argumentos de su huésped y acabó por admitir que lo mejor era una noche de sueño antes de dar el primer golpe de destornillador.

Luego, Dobbs planteó la cuestión del transmisor de radio.

—Es obvio que sospechan de ti —dijo—, Pero ¿quién? Ya me imagino que no tienes idea de la identidad de esa persona, aunque nos convendría mucho conocerla. Saber quién es el enemigo y con qué fuerzas cuenta antes de la batalla, siempre resulta muy útil para tener un mínimo de probabilidades de alcanzar la victoria. La frase puede parecer pedante, pero es la expresión de la realidad.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió la chica—. Sin embargo, no se me ocurre quién pudo haber colocado el emisor de señales en el aeromóvil.

—¿Tienes algún compromiso? ¿Hay un enamorado desdeñado?

—No, en absoluto. Una vez estuve a punto de casarme, pero fracasamos los dos y nos separamos. Pudimos darnos cuenta a tiempo de que no iba a dar resultado... Claro que, modestia aparte, una no puede tener la seguridad de que no haya un amante incógnito, de los que aman en la sombra, sin atreverse a expresar sus sentimientos a la persona objeto de su devoción...

—Por lo general, esos tipos suelen ser obsesos sexuales —gruñó el joven—. Deberías repasar mentalmente los nombres de los individuos que están con más frecuencia en contacto contigo en la fábrica. Pero eso de enviar dos falsos policías, destruye la teoría del enamorado en la sombra..., aunque la verdad es que esta clase de personas son capaces de los ardides más disparatados.

—Bueno, pensaré en mis colegas, aunque, hasta ahora por lo menos, siempre había confiado en todos ellos —sonrió Janet.

—La verdad es que eres guapísima y me extrañaría muchísimo que sólo hubiese un hombre enamorado de ti.

Ella se ruborizó.

—Por ahora, no quiero compromisos de esa índole —contestó.

—Lo cual no deja de ser una lástima —suspiró Dobbs.

Janet se puso en pie.

—Será mejor que lleve los cacharros de la cocina al lavaplatos —desvió hábilmente el tema—. Ya conoces tu habitación, ¿verdad?

—Sí —sonrió el joven.

Dobbs se había acostumbrado a madrugar en los últimos tiempos, de modo que la salida del sol le pilló en el baño. Cuando terminaba de secarse, oyó el ruido de unos nudillos en la puerta de su dormitorio.

—¡El desayuno, dentro de diez minutos! —sonó alegremente la voz de la chica.

Era una mujer activa, no cabía duda, pensó Dobbs complacido. Se vistió rápidamente y bajó a la cocina. «Eddie» entró entonces del jardín y le hizo unas cuantas fiestas, pero Dobbs no le prestó demasiada atención, embobado en contemplar a Janet, que aparecía realmente encantadora, con una camisa remangada, *shorts* muy ceñidos a sus finas caderas, pero, pese a ello, netamente femeninas, y el pelo atado en cola de caballo. Los pantalones cortos dejaban ver el par de piernas más bonitas que Dobbs había visto en mucho tiempo.

Ella se volvió una vez, sonrió hechiceramente y Dobbs se puso colorado como un tomate.

—Anda, deja de mirarme y siéntate —dijo Janet de buen humor.

—Dejar de mirarte... Se dice muy fácilmente, pero la verdad es que estás perturbadora.

¿A quién se le ocurriría pensar que esta preciosa chica es toda una doctora en robótica?

—Hay gustos para todo. Y si quieres, te lo digo en latín y en griego.

—Eso, además —se pasmó Dobbs. Janet rió argentinamente.

—Hay una cosa que me ha facilitado notablemente mis estudios y es la excelente memoria que poseo, prácticamente fotográfica. Aprenderse las cosas sin comprenderlas, no es bueno, pero aún es peor no tener memoria. Con el tiempo, se puede entender lo que uno ha aprendido y no ha podido comprender en el primer momento.

—Una verdad como un templo —convino él.

Desayunaron rápidamente. Apenas hubieron terminado, se pusieron al trabajo.

Dobbs «agrandó» sucesivamente los dos robots, hasta que hubieron recobrado su tamaño normal. Entonces le tocó el turno a la

chica, quien, después de un buen rato de trabajo, consiguió extraer el circuito primario de conducta, una pieza pequeñísima, no mayor que la uña del dedo meñique y en la que apenas se podía apreciar algún detalle a simple vista.

—En el interior hay un finísimo cable, que es el que graba las instrucciones primarias —explicó ella—. El cable es prácticamente invisible a ojo desnudo, y si las instrucciones están grabadas con las ondulaciones lógicas que se deben a toda inflexión de voz, es decir, a la manera de una grabación en un disco microsurco, imagínate entonces cuál es la pequeñez de esos relieves y valles. Por eso se necesita el ultramicroscopio..., pero tenemos algo mejor, ¿no es así?

Dobbs asintió. El «Movol» estaba ya dispuesto.

—¿Qué tamaño deseas? —preguntó.

—El máximo que puedas, ya que si consigues un aumento excesivo, el circuito dejará de verse, por la misma dilatación de sus moléculas. ¿No es así?

—Pues, sí; la masa seguirá siendo la misma, pero, al aumentar de volumen, perderá densidad. Habrá el mismo número de moléculas y de átomos, pero se producirá un estado de invisibilidad..., claro que todo depende del tamaño que se le dé al objeto.

—Empieza ya y para la acción de tu «Movol» cuando yo te lo diga.

—Muy bien.

El «Movol» había sido ya instalado. Un minuto después, el circuito empezó a agrandarse. Cuando tenía el tamaño de un plato sopero, aproximadamente sesenta veces su tamaño normal, empezó a hacerse transparente.

De súbito, se oyó un fuerte chasquido. Del interior del «Movol» salió una tenue columnita de humo. Las lámparas de control se apagaron instantáneamente.

CAPITULO VII

Una hora más tarde, Dobbs hizo un gesto de desaliento.

—No puedo hacer nada —dijo—. Tengo que comprar repuestos.

—¿Cómo? ¿Te llevaste el «Movol» sin repuestos para casos de avería? —se extrañó la chica.

—En primer lugar, no quería dejarlo donde alguien pudiera arrebatármelo. Y, en segundo, no tenía la menor idea de que un día necesitara ponerlo en funcionamiento... — Dobbs lanzó un bufido—. Hoy es domingo, así que no puedo comprar los repuestos necesarios.

Janet cogió el circuito y lo examinó atentamente.

—Lástima —dijo—. Con veinte centímetros más, aunque hubiese quedado casi tan transparente como si fuese hecho de vidrio, podría haber examinado la grabación. —Se mordió los labios—. Y mañana tengo que volver a trabajar...

—¿Por qué? Avisa a tu oficina que estás enferma... O mejor, véndate la muñeca izquierda y cuelga el antebrazo de un pañuelo. Di que has sufrido una caída y que te has dislocado... Si te sitúas ante el videófono, te verán muy afligida... y no tendrán otro remedio que permitir tu ausencia.

—Es una buena idea, Andy. ¿Qué harás tú?

—Durante el resto del día de hoy, me dedicaré a revisar mi aparato, para ver en qué ha podido consistir el fallo, debido, probablemente, a una sobrecarga de tensión. Por la tarde, me volveré a casa a fin de estar en la tienda de repuestos eléctricos apenas la abran mañana por la mañana.

—Muy bien. Mientras trabajas, ¿me permites que váya a dar un paseo con «Eddie»?

Se oyó un alegre ladrido. Janet y el perro abandonaron la casa. Dobbs quedó entregado a su tarea, en la que se concentró de tal manera, que no advirtió el paso del tiempo hasta que la chica le dijo que era hora de almorzar.

A media tarde, emprendió el vuelo en el propio aeromóvil de la chica. Una vez llegado a su casa, revisó la correspondencia acumulada en el buzón. Había una breve cartita de Circe, en la que le pedía fuese a pasar con ella un fin de semana. Dobbs meneó la cabeza.

Circe era terriblemente atractiva y no le cabía la menor duda de que el fin de semana resultaría maravilloso en su compañía, pero, al mismo tiempo, temía a las consecuencias posteriores. No, no podía arriesgarse a reanudar una relación, de la que podía salir una hipoteca para su futuro.

Al día siguiente, por la mañana, cuando se disponía a salir,

llamaron a la puerta.

Dobbs, extrañado porque no esperaba ninguna visita, abrió. Un atildado caballero de mediana edad, correctamente vestido, apareció de inmediato ante sus ojos.

—¿Profesor Dobbs?

—Me llamo así, aunque, a decir verdad, no he profesado apenas...

—Es lo mismo —sonrió el desconocido—. Muchas veces, el título de profesor es meramente honorífico, aunque sólo se aplica a quien lo merece en realidad. Perdón, aún no me he presentado. Me llamo Justus van Reuten y desearía me concediera el honor de unos minutos de su precioso tiempo.

Dobbs se echó a un lado. Van Reuten se mostraba demasiado

cortés, para

corresponderle con la grosería de un portazo en las narices. Cerró la puerta y se encaró con el visitante:

—Usted dirá...

—Profesor, voy a ser directo, a fin de evitar rodeos innecesarios —dijo Van Reuten—, Represento a un poderoso grupo financiero, en cuyo nombre actúo con plenos poderes. Mis... clientes, han llegado a saber que usted ha inventado un aparato capaz de aumentar o disminuir el tamaño de las cosas, según las necesidades del momento. Por la patente de su aparato estamos dispuestos a pagarle cinco millones de dólares, más un canon o porcentaje, como prefiera llamarlo, por cada aparato que haya construido la compañía que se fundará a tal efecto. ¿Cuál es su respuesta?

Dobbs parpadeó.

—¡Ca...ramba! Cinco millones de dólares...

—Ni un centavo menos —sonrió Van Reuten—. Tenga en cuenta, además, que un dólar actual equivale a mil de los de finales del siglo XIX. Aquel dólar perdió tanto valor, que tuvo que reducirse a la décima parte de su significado monetario., y luego, en el transcurso del siglo pasado, ha sufrido dos reducciones decimales más...

—Lo sé perfectamente, pero es que con un dólar de hoy no se compran muchas cosas de las que hace doscientos años valían mil dólares.

—De todos modos, cinco millones es una cantidad más que respetable.

—No lo dudo en modo alguno, pero... tendría que pensármelo, señor Van Reuten. En los ojos del visitante apareció una chispa de contrariedad.

—¿Tiene otras ofertas mejores?

—No, pero...

—Profesor, aumento la cifra a seis millones.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Dobbs intuyó algo no honesto en la excelente apariencia de su visitante. La existencia del «Movol» era conocida por muy pocas personas y aun así, las que conocían el secreto, no lo habían divulgado, temerosas de que la gente se burlase de ellos como se habían burlado del inventor. El recelo que había sentido tan repentinamente, no influyó, sin embargo, en una respuesta cautelosa:

—Bien..., la oferta es muy tentadora, pero habrá de permitirme que medite sobre el asunto durante algunas horas... Digamos hasta mañana por la mañana. ¿Le parece bien?

Van Reuten hizo una amable inclinación.

—Vendré a la misma hora y, para ayudar a la consulta que, sin duda, hará esta noche con la almohada, diré que subo la oferta a siete millones —dijo.

—Quizá la almohada, en efecto, me ayude a encontrar una respuesta afirmativa.

Dobbs se quedó solo. Ciertamente, la propuesta de Van Reuten era magnífica. Siete millones de dólares era una suma para marear al más templado, pero había algo en el hombre que no acababa de gustarle. Compraría los repuestos que necesitaba, haría un par de pruebas en su misma casa y, antes de que el sol se hubiese puesto, estaría de nuevo con Janet.

Janet era una chica que valía mucho, en todos los sentidos, pensó secretamente complacido ante la idea de sentirse de nuevo a su lado.

*

*

*

El «Movol» funcionaba otra vez a la perfección. Dobbs había hallado el defecto bien pronto en una pieza estructuralmente débil, que reforzó adecuadamente. Por si se estropeaba, había comprado repuestos en abundancia, de modo que no había temor a futuras interrupciones. Aquella misma noche, Janet podría examinar el primero de los circuitos.

Apenas había terminado de hacer las pruebas, llamaron a la puerta.

Dobbs frunció el ceño. El «Movol» estaba sobre una mesa, bien a la vista. Frente a él había algunos objetos que había disminuido de tamaño: un reloj, unos gemelos de oro, un jarrón...

La llamada se repitió. Dobbs corrió a su dormitorio, agarró una sábana, volvió a la sala y cubrió el aparato. Luego atravesó la estancia y abrió.

Inmediatamente, una pistola se apoyó en su estómago. El hombre que la empuñaba, sonrió perversamente, a la vez que le empujaba hacia adentro.

—No grite, «profe» —dijo.

Otro sujeto apareció a continuación. También iba armado y él fue quien se encargó de cerrar la puerta.

—Si vienen a robar, no tengo apenas dinero...

—No nos interesa el dinero —cortó bruscamente el primer asaltante—. Hay algo que nos interesa mucho más.

Dobbs se quedó sin aliento.

—Pero eso no se puede hacer...

—Lo estamos haciendo, ¿no?

—Mire, profesor —dijo el otro—, en modo alguno tratamos de causarle el menor daño. Por supuesto, todo depende de su actitud, pero si no se resiste, le aseguramos que la cosa marchará bien.

—Usted tiene una maquinita que nos interesa mucho —añadió el compañero del que acababa de hablar—. ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente. Pero, díganme, ¿son robots?

Los dos sujetos se miraron un instante. Luego rompieron a

reír estruendosamente.
—
Nosotros...
robots...
—El «profe» tiene un
humor magnífico, tú.
—Sí, da gusto
tratar con
hombres así.
El zumbador del videófono sonó inesperadamente, sobresaltando a los tres hombres al mismo tiempo. Dobbs alargó la mano hacia el teclado del aparato, pero otra mapo cortó su movimiento.
—Conteste y tenga cuidado con lo que dice o le quitaré el habla para siempre —avisó el sujeto con voz silabeante.
—
Está
bien,
no
tema.
Dobbs dio el contacto. Las hermosas facciones de Circe Wynn se reflejaron de inmediato en la pantalla.
—¡Andy, querido! ¿Dónde te habías metido? Hace días que te estoy llamando... ¿Es que todavía duran tus vacaciones?
—Pues... sí, pero ya las he
dado por terminadas...
—Oh, qué lástima, podías haber venido a pasar unos
días en mi residencia...

—Ahora tengo trabajo acumulado, no sé cuándo podré ir, Circe; pero te prometo pasar contigo un fin de semana en cuanto me sea posible. ¿Te parece bien?

—Tendré que resignarme —suspiró ella—. En fin, al menos, me queda el consuelo de haberte visto.

—Me siento muy halagado de ver que me recuerdas tanto —dijo Dobbs—, Hasta otro rato, Circe.

La cara de la mujer desapareció de la pantalla.

—Ha estado muy bien, profesor —dijo uno de los intrusos.

Dobbs no habló. El videófono estaba junto a la sábana que cubría el «Movol». De pronto, alargó la mano izquierda y la metió bajo la tela. Un segundo después, se oyó un chasquido y un cuerpo humano se vio reducido súbitamente a la mitad de su tamaño.

Sonó un grito. El otro asaltante se quedó estupefacto. Dobbs aprovechó la ocasión para hacer girar el «Movol» y enfocarle con la antena emisora. El individuo perdió asimismo la mitad de su volumen.

—¡Profesor! ¿Qué diablos nos ha pasado?

—¡Tiren las armas! —rugió Dobbs—. O les reduciré al tamaño de pulgas y cualquiera les pisará sin notarlo siquiera.

Dos pistolas, que ahora parecían de juguete, cayeron al suelo.

Uno de los intrusos se sentó.

—Se me doblan las piernas —dijo, quejumbroso.

El otro intentó apoyarse en la mesa con ambas manos, pero también se vio obligado a sentarse.

—¿Qué ha hecho con nosotros, profesor? —preguntó llorando.

—Bueno, amiguitos —dijo Dobbs tranquilamente—. Vamos a tener un momento de charla amistosa, al final de la cual, ustedes podrán volver a su tamaño habitual o acabarán convertidos en sendas cucarachas de dos patas. Lo primero que deben saber es que les he reducido de tamaño, pero no han perdido un solo gramo de peso. Ahora son como chicos de ocho años y pesan entre setenta y ochenta kilos. Un niño de esa edad es incapaz de soportar un peso semejante. ¿Lo entienden ahora?

Los dos rufianes estaban al borde de un ataque de nervios.

—Háganos grandes otra vez, profesor...

—Ustedes han venido a secuestrarme, junto con mi aparato. ¿Quién se lo ha ordenado?

Hubo un instante de silencio.

—Se llama Van Reuten —contestó al cabo uno de los intrusos.

—El tipo no estaba seguro de que yo accediera a su propuesta —murmuró Dobbs, como si hablase consigo mismo—. Bien, muchachos, me imagino que son tipos profesionales, sin

demasiados escrúpulos, pero tampoco deben de conocer demasiado el asunto.

Con el pie derecho, apartó las pistolas. Luego hizo funcionar el «Movol» en sentido contrario y los dos hampones recobraron su estatura normal.

—¡Largo!

Los asaltantes, llenos de pánico, no se hicieron repetir la orden y escaparon a la carrera. Dobbs soltó una carcajada al ver que se daban con los talones en las posaderas,

pero no tardó mucho en ponerse serio de nuevo.

«Tengo que irme de aquí cuanto antes», se dijo.

Empacó todo y lo cargó en el aeromóvil de Janet, que estaba en la terraza del edificio donde residía. Minutos después, con el sol todavía muy alto en el horizonte, emprendió el vuelo de regreso.

CAPITULO VIII

Cuando llegó a la puerta de la casa, notó un extraño silencio.

—¡Janet! —llamó a grito pelado.

La chica no pareció darse cuenta de su presencia. Dobbs volvió a llamarla, pero, al igual que antes, no recibió respuesta.

«Estará en otra parte», se dijo, a la vez que cargaba con el primer bulto.

Llegó a la puerta de la casa y la vio entreabierta, lo que le hizo fruncir el ceño. Empujó con el pie, cruzó el umbral y volvió a pronunciar el nombre de la chica.

En algún lugar, se oyó un ladrido apagado. «Eddie» repitió sus ladridos. Dobbs percibió el ruido que hacía el animal al arañar una puerta, como si quisiera escapar del encierro.

Abrió la puerta. «Eddie» saltó hacia él, ladrando lastimeramente. Dobbs se puso en cuclillas para acariciarle la cabeza.

—¿Dónde está Janet, «Eddie»?

El perro lanzó un fuerte ladrido. De pronto, Dobbs concibió una horrible sospecha.

«Eddie» se lanzó hacia la puerta posterior. Dobbs corrió tras el animal y se detuvo repentinamente al ver un aeromóvil en la explanada posterior.

El aparato estaba ladeado. Una de las patas del tren de aterrizaje había fallado. La puerta estaba abierta.

Temblando de pánico, resistiéndose a imaginar lo que iba a encontrar, Dobbs se acercó al aeromóvil. Con gran alivio, lo vio vacío.

—Pero ¿qué diablos ha pasado aquí? —murmuró.

De pronto, se fijó en el cuadro de mandos que aparecía parcialmente destruido. Vio señales de quemaduras y luego, en el suelo, divisó una llave inglesa de grandes dimensiones.

Inmediatamente comprendió lo ocurrido. Alguien había llegado para secuestrar a Janet. La chica debía de haberse dado cuenta de que no podía resistirse, dejándose llevar hacia el aeromóvil. Luego, de algún modo, había conseguido una llave inglesa, con la que había conseguido golpear el cuadro de mandos, provocando una serie de cortocircuitos, que habían causado la inutilización del vehículo aéreo. La pata del tren quebrada mostraba bien a las claras el fallo de uno de los sistemas eléctricos.

—Por tanto, han tenido que marcharse a pie —dijo.

Sí, pero ¿en qué dirección?

Regresó a la casa. Los robots inutilizados continuaban en el mismo sitio, pero los circuitos primarios habían desaparecido.

Durante unos minutos, reflexionó intensamente. No tardó demasiado, sin embargo, en llegar a una decisión.

Un cuarto de hora más tarde, tenía la mochila lista. «Eddie», sentado sobre sus patas traseras, le miraba atentamente.

Dobbs sonrió al inclinarse hacia el animal, para hacerle una caricia en la cabeza.

—«Eddie», tenemos que encontrar a Janet.

El perro emitió un fuerte ladrido y se irguió, con las orejas muy tiesas. Dobbs echó a andar hacía la puerta.

—¡Busca, «Eddie», busca a Janet!

«Eddie» acercó su nariz al suelo. Dio unas cuantas vueltas y, de repente, partió disparado como una flecha en pos de su blanco.

*

*

*

—Nos la ha jugado usted buena, doctora —refunfuñó uno de los secuestradores, mientras avivaba la hoguera con una rama larga.

Janet, sentada en el suelo, con los tobillos atados, guardó silencio. Frank Simmons hurgó de nuevo en las brasas, después, sacó cigarrillos.

—¿Fuma, doctora?

Janet hizo un gesto negativo. No lejos del improvisado campamento, el otro secuestrador, Ricky Coleman se daba fricciones en los pies doloridos.

—En mi vida había caminado tanto —se lamentó—. Frank, te dije

que no la perdieras

de vista. Si me hubieras hecho caso, ella no habría conseguido la maldita llave inglesa...

—Hombre, Ricky, me pareció una grosería estar delante de ella cuando se cambiaba de ropa. Uno debe evitar siempre herir los sentimientos ajenos, ¿no crees?

—Me haces llorar, Frank. ¿No te parece que ya la hemos herido bastante con el secuestro?

—Sí, pero hay cosas que se pueden hacer con educación. ..

—Déjate de sandeces. Esto es un secuestro y uno no se puede andar con remilgos en ciertas ocasiones.

—De todos modos, Ricky, los reproches, a estas alturas, ya no sirven. ¿Por qué no se te ocurrió pedir otro aeromóvil para que vinieran a buscarnos? No era tan difícil, ¿verdad?

—¿Se te ocurrió a ti? Además, sabes de sobra que la operación debía realizarse con el máximo secreto. No podíamos usar la radio y la línea videofónica está quizá intervenida... Teníamos instrucciones estrictas, recuérdalo.

—¿De quién? —preguntó Janet de pronto.

—De Justus van... —Simmons se interrumpió de repente para no dar la respuesta completa, distraído momentáneamente por la muchacha—. Eso no le importa —añadió de mal talante.

—¿Está muy lejos el tal Justus?

—¡Oh, cállese ya de una vez!

—Muy bien, pero si piensan tenerme días y días caminando a

campo traviesa...

—Antes llegaremos a un sitio donde podrán recogerla, no se preocupe —Simmons miró a su compinche—. Ricky, saldremos después de la media noche.

—En su lugar, yo esperaría al amanecer —dijo Janet.

Simmons y Coleman se volvieron para mirarla al mismo tiempo.

—¿Por qué?

—preguntó el primero. Janet hizo un gesto ambiguo.

—Hay fieras... Pumas, gatos monteses... Por el día, desaparecen, pero son nocturnos... La naturaleza está muy bien conservada actualmente y algunas de las especies que se creía estaban a punto de desaparecer, se han multiplicado enormemente. También se puede pisar una serpiente de cascabel dormida...

Coleman miró a su alrededor con verdadera aprensión.

—Demonios, no me gustaría... —dijo a media voz.

—¡Bah, no hagas caso! —exclamó el otro despectivamente—. Tiene ganas de burlarse de nosotros...

—Como quieran, pero si un puma me destroza, ya verán qué excusa presentan al tipo que les encomendó secuestrarme. Primero, se dejan averiar el aeromóvil; luego, una fiera me mata... La verdad, no les arriendo la ganancia, amigos.

Coleman y Simmons se quedaron muy impresionados por los argumentos de la chica. Coleman maldijo entre dientes. Nervioso, hurgó en sus bolsillos en busca de un cigarrillo y luego alargó la mano para procurarse una astilla ardiendo.

—Saldremos después de amanecer —dijo—. ¿Qué te parece, Frank?

Simmons no contestó. Encendió el cigarrillo, aspiró el humo un par de veces y añadió:

—Aún no me has contestado, tú.

De repente, oyó una vocecilla que parecía llegar desde muy lejos:

—Frank...

Simmons volvió la cabeza. Pasmado de asombro, vio a su compinche, a dos pasos de distancia, convertido en un muñeco de no más de un palmo de altura.

—i Ricky! —chilló, creyéndose presa de una horrible pesadilla.

Bruscamente, todo cuanto le rodeaba aumentó enormemente de tamaño. La hoguera le pareció gigantesca v las hierbas alcanzaron y aun rebasaron su estatura.

A tres metros de distancia, Janet se había convertido en una mujer gigantesca.

—Pe... pero ¿qué pasa aquí? —gimió.

En el mismo momento, sintió un ahogo terrible. Las piernas se negaban a sostenerle y rodó por tierra.

A su vez, Janet había contemplado con ojos atónitos el extraño fenómeno. De pronto, oyó una voz conocida entre los arbustos cercanos:

—¡Hola, preciosa!

—¡Andy! —gritó ella, exultante de alegría.

Una sombra blanca y negra apareció de repente y se abalanzó sobre la muchacha.

«Eddie» ladró un par de veces y luego se puso a lamer la cara de Janet. Tendidos en el suelo, incapaces de comprender que el horrible ahogo que sentían se debía a que, teniendo un tamaño mucho menor, conservaban la masa y por tanto el peso, Coleman y Simmons miraban aterrados al perrazo que les parecía tan grande como una casa de dos pisos y con una bocaza que podía

destrozarles de una sola dentellada.

Un gigante apareció en el claro y se arrodilló junto a la chica.

—Eres inteligente, Janet —sonrió Dobbs—. ¿De dónde sacaste la llave inglesa?

—¿La has visto? —sonrió ella.

—Sí. El aeromóvil quedó completamente inutilizado...

—Les pedí que me dejasen cambiar de ropa. Poco antes de marcharse de vacaciones, papá había estado arreglando un escape en el baño y se dejó allí algunas herramientas. Siempre fue un poco descuidado...

Con su navaja, Dobbs terminó de cortar las ligaduras que sujetaban los tobillos de la joven.

—Habrá que bendecir a papá Banley por su falta de orden —rió—. ¿Te encuentras bien?

Janet atrajo a «Eddie» contra su pecho.

—Sí, perfectamente. Encerré al perro en una habitación, para que no nos siguiera... hasta que llegase el momento —contestó.

—No cabe duda de que eres una chica muy avispada.

—Y tú un tío listo. A lo que veo, has arreglado ya el «Movol».

—Había una pieza con un defecto estructural y la he cambiado, aparte de que ahora cuento con repuestos de sobra. ¿Tienen esos tipos los circuitos que sacamos de los robots?

—Sí. Fue lo primero que pidieron y, naturalmente, tuve que entregárselos.

—¿Te dijeron adónde te llevaban?

—No, sólo hablaron de un tal Justus van..., pero no añadieron el resto del apellido.

—¡Van Reuten! —exclamó Dobbs.

—¡Cómo! ¿Lo conoces? —se asombró Janet.

—Estuvo por la mañana a verme..., pero ya te contaré. Primero quiero ocuparme de esos pajarracos.

Janet se puso una mano en la boca para no reír con excesivo estrépito.

—Búscales una seta a cada uno —dijo—. A partir de ahora, ése puede ser su domicilio...

Coleman y Simmons yacían en el suelo, casi aplastados por su propio peso. Ambos eran hombres fornidos, cuyo peso no bajaba de los ochenta kilos... y ahora aquel peso se había concentrado en una figurilla cuya longitud total no llegaba a los treinta centímetros.

—No... nos ahogamos... —jadeó Coleman.

Dobbs se preguntó, hondamente preocupado, si no habría descubierto un arma terrible. Era muy distinto reducir el tamaño a un cajón de mercancía, que hacerlo con una persona.

—Les ayudaré, pero espero que contesten a mis preguntas —dijo—. De lo contrario, tengan presente que puedo dejarles convertidos en unos enanos para el resto de sus días.

Un minuto después, los dos secuestradores habían recuperado los dos tercios de su tamaño habitual, con lo que se notaron mucho más aliviados. Aun así, parecían ridículamente pequeños, pero ya no sentían las molestias que parecían haber estado a punto de matarlos.

Dobbs les exigió las pistolas y toda clase de armas. Abatidos, Coleman y Simmons se rindieron sin más protestas. Luego, Dobbs les preguntó por el lugar al que llevaban a la chica.

—Es un motel, El Ciervo de Plata. Está situado al borde de la aerolínea Cincuenta y

Dos. Van Reuten debía aguardarnos hoy a las nueve de la noche...

—Se habrá cansado de esperar —sonrió el joven—. Bien, ahora mismo les haré que adquieran su tamaño habitual. Cuando vean a Van Reuten, díganle de mi parte que no hay trato de ninguna clase. El ya entenderá.

—Andy, convendría saber por qué querían raptarme —intervino Janet—. Ellos no lo han dicho todavía...

—Probablemente lo ignoran —contestó Dobbs.

—No nos lo dijo —exclamó Simmons rápidamente, corroborando así las suposiciones del joven.

Dobbs hizo que los dos hampones volvieran a su tamaño normal. Luego los expulsó del campamento.

—¡Cuidado con los pumas y las serpientes de cascabel! —gritó Janet burlonamente, cuando la pareja se perdía ya en las sombras.

Luego se volvió hacia Dobbs y le dio un fuerte beso.

—Te lo mereces —dijo, con ojos muy brillantes.

—Dale su ración a «Eddie». El ha seguido tu rastro —manifestó Dobbs.

El perro emitió un agudo ladrido. Janet se agachó y lo abrazó cariñosamente, pero tenía la vista fija en el joven.

—¿Y ahora, Andy?

—Ahora regresamos a tu casa, porque, al menos en las próximas veinticuatro horas no correremos ningún peligro y los dos necesitamos descansar.

—Sí, lo que tú digas.

Janet se inclinó y recogió los dos circuitos primarios que habían conseguido recuperar.

—Tengo que decirte una cosa, Andy. Estuve examinándolos con ayuda de una lupa y es preciso que sepas cuanto antes que tu pregunta borró las grabaciones por completo — dijo.

Dobbs guardó silencio durante unos minutos. Luego, lentamente, murmuró:

—En tal caso, creo que tendremos que poner en práctica el plan que habías ideado primeramente.

CAPITULO
IX

Los robos y asaltos de ¡os robots seguían produciéndose, con el consiguiente malestar entre la población. La gente empezaba ya a desconfiar de los robots y hasta se produjeron algunos atentados contra robots policías e incluso contra robots sirvientes, hasta entonces pacíficos y obedientes a los humanos que los tenían a su servició. La intranquilidad era notoria y los diarios, revistas y la radio y la televisión comentaban ampliamente el tema, a la vez que criticaban con gran dureza a las autoridades que permitían semejante estado de cosas.

Algunos robots policías, estimulados por sus superiores humanos, se dedicaron a la caza de sus congéneres delincuentes, pero los esfuerzos no dieron el menor resultado. Los trabajos de los policías humanos, por su parte, no consiguieron nada positivo.

—La situación no mejora, sino todo lo contrario —dijo Dobbs aquella noche, mientras leía uno de los diarios de la tarde.

—Quizá hoy tengamos la solución —manifestó Janet, que estaba acicalándose delante del espejo.

—¿Cómo?

—No he querido decirte nada, pero en los días precedentes, me ha parecido ver una pareja de robots que me seguían los pasos. Ha ocurrido ya tres o cuatro veces y creo que están estudiando mis hábitos.

—Entonces, ¿crees que esta noche...?

—Podríamos intentarlo, ¿no te parece?

Janet se volvió hacia el joven. Vestía estrepitosamente y llevaba encima cosa de un par de kilos de bisutería. A primera vista, podría haberse dicho que era una mujer inmensamente rica y amiga de ostentar sus joyas.

—Lo intentaremos —aceptó Dobbs.

Una hora más tarde, Janet salió de la casa adonde se habían trasladado después del intento de secuestro. Dobbs no había querido regresar a su apartamento, para evitar indiscretas visitas de Van Reuten. Hasta entonces, no habían vuelto a sufrir ningún contratiempo, merced a la acertada precaución del cambio de domicilio.

Janet caminó por la calle en penumbra, con paso indolente, dos sombras se destacaron de la oscuridad de un callejón.

—¡Quieta, muñeca! —dijo uno de los asaltantes.

Janet pudo ver las brillantes bolitas que eran los remates de las antenas. Pero apenas un segundo después, los dos atracadores se

convirtieron en muñecos tan pequeños como soldaditos de plomo.

Dobbs saltó del aeromóvil estacionado a poca distancia y que parecía vacío hasta aquel momento.

—Dio resultado —murmuró—. Janet, tú pilotarás el cacharro.

—Está bien.

Lo primero que hizo Dobbs fue arrancar las antenas. Luego cargó sucesivamente con los robots. Un cuarto de hora más tarde, los robots permanecían inmóviles en el suelo de una habitación.

Janet, con otra indumentaria más práctica, empezó a trabajar de inmediato. Veinte minutos después, tenía en la mano un circuito primario, aumentado hasta el tamaño de una bandeja de servicio. El circuito resultaba casi transparente, pero la lectura de la grabación resultaba así facilísima.

—Hay una alteración de las órdenes primarias —dijo—. Mejor dicho, una interpolación que no figura en ningún robot. ¿Sabes cuál es, Andy?

—No, dímelo, por favor.

—«Obedece ciegamente a tu amo, cualesquiera que sean las órdenes que te dé, incluso aunque su cumplimiento pueda causar daño a los seres humanos» —recitó la chica.

—Eso es absolutamente ilegal, Janet.

—Lo sé, pero alguien ha conseguido lo más difícil: insertar la interpolación de una orden prohibida. No sé cómo, pero lo ha hecho.

Dobbs meditó unos instantes. Los robots, vueltos a su estado normal, permanecían en pie, inmóviles, a causa de la desconexión de las pilas motrices.

—Janet, ¿te sientes capaz de borrar esa orden interpolada? —preguntó.

—Por supuesto.

—Entonces, hazlo. Inserta luego los circuitos en su puesto y conecta las pilas motrices.

—Está bien.

Mientras Janet se aplicaba al trabajo, Dobbs preparó café. Media hora más tarde, ella le llamó, anunciándole que se disponía a conectar las pilas motrices. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Eh! ¿Qué es esto?

Dobbs entró en la sala con la bandeja en las manos. Uno de los robots tenía la espalda abierta, mostrando parte de los mecanismos esenciales. Janet examinaba su interior con ayuda de una gran lupa.

—Es fantástico, Andy —dijo—. Estos robots disponen de cámara de televisión...

—Todos los robots tienen dos. Y si no, ¿qué crees que son sus ojos artificiales, sino los objetivos de esas cámaras?

—Cuidado, esto es distinto. Ahora se trata de una cámara que no está conectada con los visores en forma de ojos humanos. —Janet volvió a usar la lupa y se mordió los labios un instante—. Andy, ¿tienes a mano las antenitas?

—Sí.

—Haz el favor de aumentar una de ellas todo lo que puedas.

—Está bien, pero toma primero un poco de café...

Dobbs hizo funcionar el «Movol». A los pocos segundos, las

antenitas habían alcanzado una longitud igual a la de la sala. La esfera que remataba cada antena y que, ordinariamente, tenía menos de cinco milímetros de diámetro, aparecía ahora casi como un balón de fútbol.

—Lo que yo me suponía —dijo Janet—. Esta antena, además de servir para la radio, contiene lo necesario para una transmisión de televisión... a algún receptor cuya ubicación desconocemos por completo.

—Lo cual significa que hay alguien que «ve» lo que hace un robot cuando, por ejemplo, se dispone a robar a una dama enjoyada o atracar un Banco —exclamó Dobbs.

—Exactamente.

—¿Y... ¿dónde está ese receptor?

—No lo sé, Andy.

Dobbs dejó a un lado su taza de café vacía.

—Yo sé cómo averiguarlo —afirmó—. Pon en marcha estos trastos.

Janet obedeció sin replicar. Cinco minutos más tarde, Dobbs pudo formular su primera pregunta a uno de los robots.

—¿Tienes amo?

—Sí.

—¿Te ha ordenado robar?

—Sí.

—Durante noches, tú y el otro robot habéis espiado a la humana.

—Sí.

—Muy bien, ahora dime quién es tu amo y dónde vive.

—Se llama James Ray Mellis y vive en la Avenida 400, número 8.007, apartamento 32 E.

—¿Te dio él la pistola con la que intimidaste a la humana?

—Sí.

—El otro robot, ¿pertenece también a Mellis?

—
Sí.
—Perfectamente Sabes cuánto es cero multiplicado por cero? El robot empezó a humear casi en el acto.
—¿Por qué lo destruyes?
—se asombró Janet.
—Quiero que el señor Mellis padezca un poco de ansiedad —sonrió el joven—. ¿Te gustaría conocerlo?
—
Me encantaría, Andy.
Dobbs inutilizó el segundo robot de la misma forma. Luego, resueltamente, agarró la mano de Janet y se encaminó hacia la salida.

*
*
*

James Ray Mellis era un sujeto cincuentón, de agradable presencia y a quien, indudablemente, le gustaba vivir bien, según pudo apreciar Dobbs desde el umbral de la puerta. Sentada en un diván, leyendo una revista, había una dama madura, pero todavía de buen ver.
—¿Hablo con el señor Mellis? —preguntó Dobbs.
—Sí, pero éstas no son horas de visita...
Dobbs decidió que no valía la pena emplear subterfugios y sacó a relucir uno de los pistolones capturados a los robots atracadores.
—Señor Mellis, le guste o no, va a tener que recibirnos o lo pasará muy mal —dijo truculentamente.
La mujer vio el arma y se sobresaltó.
—¡James! ¿Qué ocurre aquí? —exclamó.
—¿Su esposa? —preguntó

Dobbs.
—
Sí
—
contestó
Mellis.

—Dígale que no le haremos daño. Ni a usted tampoco, a menos que se nieguen a colaborar...

—Si quieren dinero, tengo unos cientos de dólares en casa —ofreció Mellis. Dobbs se echó a reír, a la vez que empujaba al sujeto con el cañón de la pistola.

—¿Has oído, Janet? Es divertido, nos ha tomado por ladrones —exclamó. La chica cerró la puerta.

—Ladrones —bufó despectivamente—. Señor Mellis, ustedes tienen dos robots a su servicio. ¿Dónde están?

El rostro del individuo se puso del color de las guindas.

—Pu... pues...

—Los hemos capturado nosotros —declaró Dobbs—. Y, como un robot, cuando no está «tratado», no puede mentir, ha declarado que usted es el dueño de los dos que ha enviado a la calle para robar a las personas adineradas.

Mellis pareció derrumbarse. Su esposa estaba muy pálida.

—Lo... lo diré todo... Confieso que nos dejamos cegar... Andábamos un poco apurados de dinero y nos hicieron una buena oferta... Los robots fueron un obsequio y también nos pagaron el alquiler del apartamento y mil dólares mensuales... Sólo teníamos que dejar salir a los robots de cuando en cuando. Si volvían con dinero o joyas, avisábamos...

—¿Adónde? —preguntó Dobbs.

—Hay un número de videófono...

—¡Démelo! —pidió Janet vivamente.

—Calma —aconsejó el joven—. Señor Mellis, una vez que los robots habían cometido un robo, ¿qué hacían ustedes?

—Bien, llamábamos a ese número de videófono y dejábamos el mensaje. Más tarde, nos llamaban a nosotros, indicándonos el lugar donde debíamos depositar el botín. Se nos permitía quedarnos con

el veinte por ciento del dinero conseguido, pero las joyas y demás debíamos entregarlas.

—A ustedes les contrató alguien. ¿No temía esa persona que se quedasen con una parte mayor de lo concedido?

—No, porque siempre nos indicaba que dejásemos el botín varios días después del suceso. Lo que me hace suponer que ya conocía la cuantía del robo. Además, la prensa lo publicaba con gran lujó de detalles...

—Y si el robot tenía una emisora de televisión independiente, quizá hasta estaba contemplando el atraco cómodamente desde su casa —dijo Janet muy sulfurada.

—¿Qué emisora de televisión? —preguntó Mellis.

—No se preocupe, no es cuenta suya —respondió Dobbs—. Ahora, Dígame: ¿conoce a la persona que les contrató?

—Lo vi solamente una vez...

—¿Dio su nombre?

—Sí, Justus van Reuten.

Sobrevino una pausa de silencio. Dobbs sonreía.

—Casi me lo imaginaba —dijo—. Bien, señora Mellis, mucho me temo que van a tener que abandonar esta vida de lujo y regalo. Los robots que capturamos están inutilizados y,

supongo, al señor Van Reuten no le gustará conocer la noticia. Por mis informes, sé que tiene muy malas pulgas con los subordinados que le fallan, así que les aconsejo hagan las maletas y desaparezcan donde no puedan encontrarlos.

—¡Marcharnos de aquí! —se estremeció la señora Mellis—. Con lo bien que estábamos...

—Sí, a cuenta de otros —gruñó el joven malhumoradamente—. Bueno, si quieren quedarse, por mí no hay inconveniente. Ustedes son los que van a pagar las con- secuencias. Ya sé que pueden contarle lo que ha pasado, pero no podrán decir mucho más. Han estado a verles un hombre y una Chica, Van Reuten se imaginará quiénes somos..., pero no sabe dónde vivimos. Hagan lo que gusten; nosotros nos marchamos.

—Pero, Andy, te olvidas del número del videófono —exclamó Janet.

—No es necesario que te molestes. Aunque consigamos averiguar dónde está instalado, cuando llegues allí no encontrarás otra cosa que un piso vacío y una pequeña emisora de radio que se pone en marcha cada vez que alguien llama para dar un mensaje. En el lugar donde éste se recibe, habrá una grabadora automática que registrará todo cuanto se le diga a través de la línea. Y cuando Van Reuten llama, por ejemplo, a los señores Mellis, lo hace desde una cabina pública, así que no es necesario que perdamos el tiempo buscando el lugar donde vive Van Reuten.

—¿Cómo sabes...?

—Preciosa, una vez me vi mezclado sin querer en un caso de extorsión y chantaje y el autor del plan actuaba de esa manera.

—Pero tú puedes hacer que la Policía intervenga, Andy.

—Y entonces, Van Reuten sabría dónde nos escondemos: No nos conviene dejar demasiados rastros de nuestra presencia. Ya lo encontraremos.

Dobbs se volvió hacia los Mellis.

—Recuerden mi consejo —añadió. Luego agarró el brazo de la chica—. Es hora de que nos vayamos.

Momentos después, estaban en la calle.

—Habrá más dueños de robots ladrones en las mismas condiciones que el matrimonio Mellis — apuntó Janet.

—Sí, seguro.

—La Policía tal vez les haya interrogado...

—¿Por qué? El único arresto efectuado, si se puede llamar así, es el que hemos hecho nosotros. No, si en alguna ocasión se ha detenido a un robot, éste ha sido destruido de inmediato, como sucedió en el caso del robo al joyero Maldonado. Y, aunque no me explico cómo pudieron destruirlo a distancia, sí me imagino que en alguna parte habría un observador, contemplando lo que sucede a través de un monitor de televisión.

—Es cierto —admitió ella—. Pero, dime, Andy, ¿dónde

está ese observador? Dobbs suspiró.

—Preciosa, creo que a partir de ahora debiéramos de concentrar nuestros esfuerzos en encontrar el lugar donde ese controlador controla los robots descontrolados.

—Me estás mareando —se quejó Janet—. Eso me recuerda aquel juego infantil de palabras... «El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará?

—Sí, ¿quién descontrolará al controlador que controla los robots descontrolados?

—¡Uf, va a ser difícil, Andy!

—Pero tenemos que hacerlo —decretó él con firme acento.

CAPITULO X

El locutor de televisión informaba de los últimos sucesos acaecidos, cuando, de repente, alguien le arrebató el micrófono. Los asombrados espectadores vieron a un hombre, con una metralleta en la mano derecha, al mismo tiempo que el locutor, lleno de pánico, se desmayaba como una vulgar damisela.

El hombre de la metralleta tenía una antenita sobre ¡a cabeza. Con voz tonante, anunció:

—¡Está próximo el día del Poder Robótico! ¡Humanos, el Poder Robótico vencerá! Luego, el robot revolucionario empezó a disparar su metralleta, cuidando de no tocar la cámara que recogía las imágenes. En el estudio de televisión hubo gritos, desmayos y frenéticas carreras. Varias cámaras fueron destruidas. Los empleados del control de imagen y sonido escaparon del cuarto de monitores. La confusión en la emisora era indescriptible.

La Policía fue avisada inmediatamente y varias unidades fuertemente armadas se desplazaron a toda velocidad hacia los estudios de televisión. Pero cuando llegaron allí, sólo encontraron a cuatro robots en el suelo, completamente inutilizados.

Sólo uno había lanzado la corta proclama revolucionaria. Los tres restantes se habían ocupado exclusivamente de vigilar que su compañero pudiese actuar sin dificultades. Testigos presenciales declararon más tarde que los robots, cuando escapaban, se detuvieron súbitamente y empezaron a humear, para caer al suelo segundos más tarde.

Por fortuna, aparte los sustos, desmayos y *shocks,* no se habían producido bajas por heridas de arma de fuego. En cambio, los destrozos eran numerosos.

Al día siguiente, el alcalde Mowlinson compareció ante las pantallas, acompañado de un robot, con uniforme de policía y galones de sargento. El alcalde expresó su profundo sentimiento por lo sucedido la víspera y dijo que él, personalmente, no desconfiaba en absoluto de los robots. Por unos cuantos que se habían descontrolado, no iba a culparse a los demás, que eran fieles a los humanos y cumplían exactamente con el código que se les había inculcado en la fábrica. Y para probar sus palabras, había traído consigo al sargento de Policía KRT 37-J-611.

El sargento robot tomó la palabra a su vez y dijo que él, como los demás robots que formaban parte de las fuerzas del orden, desaprobaban por completo la actuación de unos congéneres que deshonraban a las máquinas con figura humana y que, en lo

sucesivo, actuarían contra ellos sin contemplaciones.

—Los humanos pueden confiar absolutamente en nosotros. ¿Acaso porque haya ladrones y asesinos humanos, ¿no confían asimismo en otros humanos buenos y decentes? —añadió con voz tonante—. Además, nosotros, como parte interesada en el asunto, pedimos una más estricta revisión de los robots que salen de fábrica, con una absoluta garantía en sus circuitos primarios. Estamos perdiendo puntos en el favor del público y queremos recobrar la confianza que unos cuantos nos han hecho perder. ¡No hay, no puede haber Poder Robótico; sólo poder del pueblo! —concluyó melodramáticamente.

Los asistentes a la transmisión quedaron muy favorablemente impresionados por las palabras del sargento robot. Entre los espectadores se produjeron también comentarios

elogiosos.

Algunos, sin embargo, se mostraron reticentes.

—No sé por qué, pero todo eso me parece una trampa —dijo Dobbs, que había escuchado los discursos, lo mismo que Janet.

—¿Una trampa?

—Sí. Hay que adormecer las conciencias, dejar que la gente se tranquilice... Apostaría algo bueno a que, durante un tiempo, cesan los robos y asaltos de los robots.

En cierto modo, Dobbs tenía razón. Aquella misma noche, un robot intentó despojar a un viandante de su dinero. El ladrón mecánico fue sorprendido por una pareja de policías, humano y robot respectivamente. Este fue quien dio la alarma y el policía humano quien disparó contra el ladrón, después de darle el alto y ver que intentaba darse a la fuga.

La noticia fue publicada al día siguiente con gran lujo de titulares en la prensa y transmitida por todas las emisoras de radio y televisión. En los días sucesivos, media docena más de robots delincuentes fueron abatidos a balazos.

La gente empezó a sentirse satisfecha. La oleada de robos y asaltos empezaba a remitir. De nuevo los humanos volvían a confiar en los robots. La Jefatura de Policía dijo que necesitaba más robots para sus unidades, y el alcalde prometió ocuparse del asunto con gran rapidez.

A Dobbs no le gustó la noticia.

—¡Hum, más robots policías! —dijo.

—¿En qué estás pensando, hombre suspicaz? —le preguntó Janet.

—No sé, no estoy seguro...

De pronto, apuntó con el dedo a la chica.

—Janet, a ti intentaron secuestrarte en dos ocasiones —dijo.

—Sólo una vez, Andy.

—Dos. La primera fue cuando dos falsos policías quisieron llevarte arrestada por orden de un juez que, según hemos visto después, no existe.

—Es verdad, ya no me acordaba... Bien, ¿y qué?

—¿Por qué quisieron secuestrarte, Janet? Ella entornó los párpados.

—No lo sé...

—Tú ocupas un puesto importante en la fábrica de robots, aunque ahora hace tiempo que no apareces por tu despacho. Empalmaste la «dislocación» de muñeca con tus vacaciones de

verano.

—Sí, es cierto.

—Apuesto algo a que tu cargo en la fábrica tiene mucho que ver con los secuestros. Janet guardó silencio unos instantes.

—Pues... ahora no caigo... —dijo al cabo. De súbito, lanzó una fuerte exclamación—. Ya sé, ya lo recuerdo.

Dobbs sonrió.

—¿Qué es, bonita?

—Hace algún tiempo rechacé una partida de hilo para grabaciones. Tenía a mi cargo el análisis microscópico del hilo que se emplea en los Circuitos de conducta de los robots. Me pareció defectuoso y lo devolví a su factoría, con un memorándum en el que volvía a

repetir las especificaciones solicitadas en el momento del contrato. El fabricante se disculpó, admitió el reproche y no volvió a pasar nada, hasta un par de meses después.

—Envió una segunda partida defectuosa.

—Sí. Yo analicé las primeras muestras y me parecieron correctas, pero, de todos modos, como aún recelaba del fabricante, me dispuse a hacer nuevos análisis. Entonces fue cuando me destinaron a otro puesto en la fábrica. Un ascenso, más sueldo...

—Y así se aparta del origen del mal olor una naricita preciosa y con la pituitaria demasiado sensible —sonrió Dobbs—. Bien, ¿qué habías encontrado en la primera remesa de hilo defectuoso?

—Sonidos de fondo, como si lo hubiesen elaborado en un sitio demasiado ruidoso. El hilo debe llegar virgen a la fábrica, que es donde grabamos las instrucciones para los robots, mediante unas grabaciones hechas ya desde muchos años y que se imprimen mecánicamente.

—Janet, ¿recuerdas el nombre del fabricante del hilo defectuoso?

—Sí. Se llama Seth P. Holmes y es el dueño de la Robotic Supplies... ¿Por qué lo dices? ¿Acaso...?

Dobbs se puso en pie.

—Has acertado —sonrió—. Quiero hacer una visita a Holmes. Janet agarró su bolso.

—Iremos los dos —exclamó, no menos resuelta que el joven. Una hora más tarde, se detenían ante la puerta de la Robotic Supplies. La factoría no era demasiado grande, aunque ofrecía un aspecto muy próspero. Había una alta valla metálica que la rodeaba por completo y, en la puerta, un guardia uniformado, al cual expusieron sus deseos.

El guardia hizo un gesto pesaroso.

—Lo siento. El señor Holmes murió hace un par de meses, al averiarse el motor antigravitatorio de su aeromóvil. Cayó desde unos dos mil metros de altura y... Bueno, ya pueden figurarse lo que le sucedió.

—Pero habrá otro dueño, algún director responsable...

—El propietario es ahora la señora Holmes, aunque no la he visto jamás en la fábrica. Hay un director, por supuesto, aunque está ausente en estos momentos. El señor Van Reuten ha salido de viaje y no sé cuándo volverá. Si quieren que pregunte al director adjunto...

Dobbs y la muchacha cambiaron una mirada de inteligencia.

—No, no hace falta, muchas gracias —dijo él—. Nos interesaba ver al señor Holmes, pero era a título meramente personal, no para

algún asunto de negocios. Gracias otra vez.

Los dos jóvenes volvieron al aeromóvil. Desde unos cien metros de altura y antes de entrar en la aerolínea que conducía a la ciudad, Dobbs contempló el recinto fuertemente vallado.

—Y, además, tendrá sistemas de alarma —murmuró.

—¿Acaso piensas hacer una incursión en la fábrica? —se asombró Janet.

—Lo has adivinado, preciosa.

—Pero habrá sistemas de alarma. Tú acabas de decirlo.

Dobbs sonrió maliciosamente.

—No dejarán de funcionar en ningún momento —aseguró.

*
*
*

Había pasado la media noche, cuando Dobbs situó su «Movol» frente a la valla, en uno de los lugares más oscuros. A los pocos segundos, un sector de la valla había rebajado su altura a menos de treinta centímetros.

Dobbs había hecho funcionar su aparato de modo que la disminución de altura fuese gradual en ambos sentidos, al objeto de no provocar una ruptura de alambres de ningún género. La brecha abierta tenía así forma de V de ramas muy abiertas.

—Y ahora, se pasa por encima y ya está —dijo satisfecho—. El resto te corresponde a ti, Janet.

La chica estaba ya instruida y asintió en silencio. Sin vacilar, se encaminaron ambos hacia la fábrica, que aparecía completamente a oscuras. Dobbs, precavido, llevaba algunas herramientas, por si era necesario forzar alguna puerta.

La vigilancia, debido a la valla, era poco menos que nula. Una vez vieron a un guardián nocturno dormitando sobre una butaca, pero el hombre ni siquiera se enteró de que había intrusos en el lugar.

Al cabo de un rato, Janet se detuvo ante una puerta.

—Aquí —señaló.

Dobbs tanteó con la mano.

—Está cerrada con llave —murmuró.

—Podías haber traído el «Movol»...

—Me estorbaría en caso de una rápida huida —alego Dobbs—. Este destornillador resultará más útil.

Un cuarto de hora más tarde, franquearon la entrada. Al otro lado de la puerta había un cuarto de grabación, dotado de los adelantos técnicos más sofisticados. Janet corrió hacia una de las grabadoras y sacó el carrete de hilo que había en la máquina, llevándolo de inmediato hacia el microscopio de análisis de que estaba dotado el lugar.

Unos minutos más tarde, soltó una exclamación de asombro:

—¡Dios mío, qué horror!

Dobbs se acercó al microscopio.

—¿Has visto algún monstruo? —preguntó sonriendo.

—He visto algo peor, Andy.

—Bien, dilo de una vez. ¿O es que te da miedo?

—A decir verdad, sí.

Dobbs aplicó la vista al microscopio, pero no consiguió ver otra cosa que una especie de tubo muy grueso, que era el hilo aumentado varios miles de veces, en cuya superficie se divisaban una serie de manchas monocromáticas, pero de distinta intensidad tonal.

—No entiendo ni jota...

—Es preciso estar muy bien entrenado para descifrar con la vista el significado de esas manchas, que corresponden, en cierto modo, a las ondulaciones que aparecen en el surco de un disco. Las manchas que corresponden a sonidos no inteligibles, es decir, ruidos de fondo, voces de animales, música y demás, tienen un color determinado. Las que

corresponden a la voz humana, son de otro color... el que aparece en la pantalla del mi- croscopio.

—¿Y...?

—Ahí tienes esa mancha de color apenas perceptible. Corresponde a la A. La otra, casi negra, es la Y. En realidad, cada letra o sílaba, tiene una intensidad sonora distinta, que nuestro oído registra sólo muy imperfectamente. Según la intensidad sonora, así es la mancha que aparece en el hilo.

—Y tú conoces ese alfabeto...

—Por supuesto.

—Explícate

de una vez,

¿quieres?

Janet

asintió.

—El trozo de hilo grabado, que no tiene más de un centímetro de longitud, irá a parar a un circuito primario de conducta. La grabación será interpolada en esas instrucciones primarias. Y es una clave.

—¿Una clave...?

—Sí. Dice-: «Prepárate para actuar y obedecer ciegamente al Número Uno, cuando sea llegado el momento.»

Dobbs frunció el ceño.

—Entonces, cuando llegue ese momento...

—Alguien dirá: «Soy el Número Uno. Obedéceme.» Y el robot obedecerá, cualquiera que sea la orden que se le transmita... desde Dios sabe dónde —concluyó la chica desanimadamente.

CAPITULO XI

—Podríamos dar la alarma, pero nadie nos creería —dijo Dobbs al día siguiente de la incursión en la Robotic Supplies.

—No, no nos creería nadie. —Janet llenó las tazas de café y se sentó frente al joven—. Hemos adelantado mucho, pero aún estamos enormemente alejados de la solución.

Dobbs removió el azúcar de su taza. «Eddie», de pronto, lanzó un ladrido. El joven sonrió y le dio una galleta.

—Esta vez no puedes ayudarnos en nada, «Eddie».

Tomó un par de sorbos de café. Luego, de pronto, movió ligeramente una mano.

—Janet, estoy pensando en una cosa —dijo.

—¿Sí?

—El dueño de la RS murió en accidente...

—Seguramente, provocado.

—¿Lo crees así?

—Estoy segura de ello. Cuando fui a verle la primera vez, se mostró muy nervioso. Ahora, recordando todo lo sucedido, presiento que actuaba de esa manera, porque alguien lo presionaba. Y si era así y empezó a poner obstáculos, alguien pudo temer una indiscreción y provocó una avería en el generador antigravitatorio de su aeromóvil.

—Con lo que una viuda quedó dueña de la fábrica de suministros...

—Sí, pero ¿quién es la señora Holmes?

Dobbs sonrió.

—Debiera habérsenos ocurrido antes —dijo, a la vez que se levantaba de la mesa. Una vez junto al videófono, presionó una tecla y dijo—: información sobre el número videofónico de la señora Seth P. Holmes.

La computadora tardó algunos segundos en dar la respuesta. Al fin, se oyó una voz mecánica:

—El señor Seth P. Holmes residía en la Avenida 239, número 5.604. Su línea videofónica ha sido cancelada a petición propia.

Dobbs tocó la tecla de cierre de contacto.

—Es decir, la señora Holmes ha desaparecido.

—Así parece. Pero quizá alguien, en la vecindad, pueda decirnos algo sobre esa señora.

—Muy bien, terminemos el desayuno. Luego nos pondremos en campaña.

Media hora más tarde, salían de casa. La Avenida 239 era una calle muy larga, bordeada de árboles y con casas de una o dos plantas, todas con jardín.

—Una zona residencial —Dobbs hizo una mueca—. Aquí las gentes no se tratan demasiado...

—Pero la muerte de un vecino, sobre todo en accidente, no deja de ser objeto de muchos comentarios. Aguarda un momento —pidió la muchacha—; preguntaré al vecino más inmediato.

Janet echó a andar hacia la casa contigua a la del difunto Holmes, que habían visto con las ventanas cerradas v claros signos de estar deshabitada. Desde el aeromóvil, Dobbs contempló a la chica, mientras hablaba con una mujer en la puerta de la casa.

Janet regresó a los pocos minutos.

—La señora Holmes se marchó a la semana de la muerte de su esposo —informó—. Parecía muy afectada por el suceso y ha puesto la casa en venta. Esa vecina no sabe adónde se marchó la viuda... Dice que lo sintió muchísimo; llevaban sólo unos pocos meses de casados... La señora Holmes era guapísima, una auténtica belleza...

—Quizá una auténtica asesina —dijo Dobbs sombríamente. De súbito, chasqueó los dedos—. Creo que puede haber una solución o, por lo menos, una pista. Janet, vuelve a hablar con esa vecina y pregúntale la fecha aproximada de la boda de Holmes.

—Está bien.

Janet se apeó de nuevo. Cinco minutos más tarde, Dobbs tenía el dato requerido.

—Muy bien, y ahora, vamos al Registro Civil.

—Tú piensas que, conociendo el nombre de soltera de la señora Holmes, podemos encontrar alguna pista —adivinó la chica.

—¿Te parece mala idea?

—Me parece magnífica.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaban frente a un imponente edificio, con la fachada propia de un templo griego. Al pie de la escalinata, los postes con los indicadores de ESTACIONAMIENTO PROHIBIDO, rompían malignamente la ilusión de hallarse ante un fragmento reconstruido de la antigua Grecia.

—Al otro lado hay una zona de estacionamiento —dijo Dobbs—, Aguárdame allí, Janet.

—Está bien.

Dobbs subió por la enorme escalinata y buscó los indicadores de los archivos. Diez minutos después, se hallaba ante un displicente empleado.

—Deseo conocer el nombre de soltera de una mujer, que se casó hace aproximadamente seis meses —manifestó—. El esposo era Seth P. Holmes.

El empleado le miró como si fuese un insecto insignificante.

—¿Policía? —preguntó.

Dobbs sonrió. Sacó cinco billetes de a diez y los extendió en abanico.

—Sí —mintió.

Los billetes desaparecieron en el acto. El empleado se sentó ante un teclado y aporreó la máquina como si fuese su enemiga.

Un minuto después, se levantaba, con una tarjeta en la mano.

—Aquí tiene la información que desea, «señor agente».

Dobbs leyó la tarjeta con gran atención. Una ligera sonrisa distendió sus labios.

—Casi me parece lógico —murmuró.

Dio las gracias al empleado y emprendió el camino en busca de la salida. Una vez en el exterior, rodeó el edificio y se dirigió a la zona de estacionamiento. Pronto encontró el aeromóvil.

Estaba vacío.

En el primer momento, creyó que Janet habría ido a alguna cercana cafetería. Pronto salió de su error al ver un sobre encima del asiento delantero.

El sobre estaba cerrado y lo rasgó con mano nerviosa. En su interior había un mensaje:

> «Nos ha costado mucho dar con ustedes, pero lo hemos conseguido. Regrese a su

domicilio habitual, no el que tiene ahora, y aguarde nuestras instrucciones. No se le ocurra avisar a la policía o intentar un rescate por su cuenta. En tal caso, la doctora Banley morirá.»

Dobbs se abanicó con la cuartilla, mientras su rostro ofrecía una expresión de profunda concentración. Al cabo de unos segundos, y sabiendo que, por el momento, Janet estaba en seguridad, decidió ponerse en movimiento.

Mientras llevaba a la práctica el plan que había ideado, se dijo que Janet era el rehén que alguien necesitaba para forzarle a la venta del «Movol». Pero no era seguro que, si cedía en sus pretensiones, sobrevivieran a continuación. Eran unos testigos incómodos.

Sobre todo, Janet, que había sido la primera en recelar de los hilos elaborados por la Robotic Supplies.

*

*

*

Esta vez no le acompañaba «Eddie», a quien había dejado al cuidado de unos amigos. El perro podía ser una molestia, máxime cuando había localizado, desde el primer instante, el lugar donde había sido conducida Janet tras su secuestro.

Desde lo alto de una colina, tumbado de pechos en el suelo, contempló la residencia brillantemente iluminada, en cuyas terrazas se movían algunas personas, elegantemente vestidas. La dueña de la mansión, estimó, daba una fiesta.

Al cabo dé un buen rato, se puso en pie y dio un rodeo. Tras buscar un lugar adecuado, abrió el saco que había llevado consigo y extrajo las ropas que debía usar a continuación. El traje de etiqueta respondía a los cánones más clásicos: chaqueta color rojo oscuro, solapas negras, pantalones del mismo color, camisa con bordados y lazo. Momentos después, se detenía ante el portón y tocaba el timbre de llamada.

—¿Quién es? —preguntó una voz mecánica.

—Maynard K. Dobbs. Por favor, ¿quiere anunciarme a la señora Wynn?

—Lo siento, señor; aquí no vive la señora Wynn...

—Oh, perdón, he debido equivocarme. Quise decir la señora Holmes.

—Sí, señor. Espere un momento, señor.

Dobbs sonrió, mientras encendía un cigarrillo. Al cabo de unos segundos, el portón de acero empezó a deslizarse a un lado.

Avanzó tranquilamente. De súbito, vio que la gran placa de metal enormemente pesada, se deslizaba con inusitada rapidez en sentido contrario.

Saltó hacia adelante. El portón se cerró con tremendo chasquido. En la terraza sonaron algunos gritos.

Dobbs volvió la vista hacia atrás. Había estado de un pelo que el portón no le aplastase al cerrarse con tanta brusquedad. Por una fracción de segundo, pensó.

Alguien dijo:

—No se alarmen. Ha sido un pequeño fallo en el mecanismo de apertura. Por fortuna, el huésped recién llegado no ha sufrido daño alguno.

Una hermosa mujer, resplandeciente de belleza con su magnífico traje que parecía hecho de millares de perlas, avanzó hacia Dobbs con las manos tendidas amistosamente.

—¡Querido, cuánto siento lo ocurrido! —dijo Circe—. Ha sido un fallo imperdonable... Dobbs besó una de aquellas blancas manos.

—No te preocupes, no me ha pasado nada —contestó—. Perdóname tú por haber llegado tarde a tu fiesta.

—Has llegado y eso es lo que importa. Ven, te presentaré a mis invitados.

Dobbs conoció, entre otros, al alcalde Mowlinson y al doctor Coughler. Con gran extrañeza suya, observó la ausencia de Justus van Reuten.

—Dispénsame —dijo Circe poco después—. Toma una copa o lo que quieras, diviértete, considera que estás en tu casa...

—Gracias, hermosa.

Dobbs aceptó una copa de la bandeja que le presentaba una doncella robot. Cuando se la acercaba a los labios, presintió la fijeza de una mirada. Con el rabillo del ojo, exploró las inmediaciones. El doctor Coughler parecía tener rayos X en los ojos.

Sin embargo, un segundo después, Coughler se dedicó u atender a una obesa dama. Rápido como el pensamiento, Dobbs vació su copa en un arbusto cercano. Luego simuló retirarla de sus labios y la entregó a la siguiente doncella que pasó por su lado.

Al cabo de un minuto, se dirigió hacia la casa. Buscó un cómodo diván y se sentó placenteramente. Poco después, tenía los ojos cerrados.

Un par de minutos más tarde, dos personas entraron en el salón.

—Ha caído —dijo Circe.

—Como un niño —sonrió Coughler.

—Es curioso. Llamamos a su casa y nos contestó..., pero ha venido a pie o, por lo menos, no ha dejado su aeromóvil en las inmediaciones.

—Es un tipo listo. Compró un robot, hizo que fabricaran una cara idéntica a la suya, le dio algunas instrucciones y lo dejó en su casa. Por eso está aquí, aunque, afortunadamente, tuvimos tiempo de ponerle el narcótico.

—¿Durarán mucho sus efectos?

—Toda la noche. Anda, vamos; es preciso atender a los invitados. Si alguien te pregunta, dile que tiene muy poca resistencia para el alcohol.

—Está bien.

Dobbs dejó pasar todavía unos minutos. Debido a la excelente temperatura, la fiesta tenía lugar en la terraza. Ninguno de los huéspedes de Circe le prestó la menor atención.

Al cabo de un rato, abandonó silenciosamente el salón y recorrió algunas de las habitaciones de la casa.

Pronto encontró una puertecita de aspecto vulgar. Parecía el acceso a una alacena y, efectivamente, al otro lado había una alacena, con los estantes apenas ocupados.

Dobbs observó atentamente el lugar. De pronto, alargó la mano hacia un bote de pintura y tiró de él. Toda la estantería giró de pronto, silenciosamente, dejando a la vista el principio de una escalera.

Sonrió satisfecho. Había encontrado el escondite tan largamente buscado.

Paso a paso, descendió los peldaños, hasta hallarse en una enorme habitación, una de cuyas paredes estaba ocupada enteramente por monitores de televisión. Había al menos seis hileras y cada una de ellas no tenía menos de cuarenta monitores.

Dobbs vio también un gran cuadro de mandos, con numerosas lamparitas que se

encendían y apagaban constantemente. En la pared opuesta, observó las señales de los trabajos para una instalación de control de imagen y sonido, idéntica a la primera.

—Y esto es sólo el principio —murmuró. Después vio a Janet.

Estaba tendida sobre una especie de camastro, sujeta al mismo con anchas correas de cuero. Un hombre se inclinaba en aquellos instantes sobre la chica.

—El profesor Dobbs no ha aparecido todavía —dijo Van Reuten —. ¿Es que no quiere decirme dónde está?

—Si no le importa, Justus, se lo diré yo mismo. Janet sonrió.

—Hola, Andy.

Van Reuten se volvió, con el asombro pintado en sus facciones, a tiempo para recibir un seco derechazo en el mentón que lo dejó sin sentido en el acto. Dobbs había visto que la mano del sujeto se dirigía hacia su cintura, por lo que le quitó el revólver de que estaba provisto.

Luego se inclinó sobre la chica y la besó.

—No te aproveches —dijo ella, aunque se la veía muy feliz—. Vamos, suéltame.

—La verdad, estás tan bien atadita y tan indefensa... que me dan ganas de convertirme en un malo de película —rió Dobbs. Pero empezó a soltar las correas que sujetaban a la muchacha.

La mesa donde había estado Janet hasta aquel momento no ofrecía ninguna preparación especial, En realidad, era una mesa destinada a realizar ciertos trabajos de no demasiada precisión, aunque resultaba un tanto pesada. Dobbs la llevó lejos de la entrada, situándola en un lugar donde no pudiera ser vista con facilidad. Luego colocó encima al inconsciente Van Reuten y lo ató con las mismas correas que habían servido para inmovilizar a Janet. En un armario para herramientas encontró cinta aislante y le tapó la boca con un par de tiras.

Luego volvió junto a la chica.

—¿Te dijeron por qué te traían aquí? —preguntó.

—Quieren tu «Movol», aunque no me imagino los motivos. Como es lógico, pretendían presionarme tomándome como rehén —contestó ella.

—Yo lo he comprendido, aunque sea demasiado tarde. Si se me hubiese ocurrido pensar en la solución antes, las cosas habrían variado

sustancialmente. Pero aún no se ha perdido todo, sino que puede decirse que hemos ganado.

—No entiendo...

—Mira los monitores. Cada uno de ellos corresponde a un robot, probablemente, situado en un lugar estratégico. Todavía tienen que montar muchos monitores y un día construirán una computadora que ahorrará el trabajo de control de los humanos. Esa computadora recibirá señales de los robots y transmitirá automáticamente órdenes e instrucciones... dictadas por el Número Uno. ¿Lo vas entendiendo ahora, preciosa?

—Creo que sí. La orden interpolada en el circuito de conducta primaria puede ser activada en el momento en que el Número Uno lo desee...

—Cuando tengan el suficiente número de robots con esa orden inserta en su circuito primario, lo que significará el completo dominio de la zona, sin que nadie se dé cuenta de

lo que pasa.

—Un plan muy bien trazado, pero en el que, me parece, no encaja tu «Movol» —alegó Janet.

—¡Ya lo creo que encaja! Por medio de mi aparato, podrán reducir los circuitos impresos, las piezas esenciales, los circuitos de enlace, incluso las pantallas de televisión de los monitores..., todo quedará reducido a la mínima expresión. Ahora, echando por lo alto, se pueden situar aquí unos quinientos monitores, pero es una cantidad insignificante. Con el «Movol», podrían controlar fácilmente varios millares de robots, los cuales obedecerían exactamente sus órdenes y cuyas acciones envolverían como tela de araña a los humanos, sin que éstos tuvieran la posibilidad de romper las mallas de esa red. En resumen, Policía Robótica, aunque muchos de los robots no fuesen estrictamente miembros de la policía. Pero ¿qué puede decirse de alguien que vigila y domina y controla la conducta humana, aunque no se le llame policía?

De súbito, sonaron unas palmadas en la entrada del sótano. Una voz de mujer exclamó:

—¡Bravo, Andy! ¡Has acertado plenamente!

CAPITULO
XII

Janet lanzó un gritito de susto. Dobbs se volvió y contempló sonriente a la hermosa mujer que terminaba el descenso de la escalera, seguida por el doctor Coughler.

—Tu explicación ha resultado altamente satisfactoria —dijo Circe —. Eres un genio de la especulación deductiva, Andy.

Dobbs hizo un gesto displicente.

—¡Bah, ahora, conocidos los datos fundamentales, hallar el resultado no tiene ninguna importancia! —contestó.

—Pero has acertado —dijo Circe—. Aunque también has cometido un error al presentarte aquí sin ser invitado.

—Me he metido en la boca del lobo, ¿eh? —dijo el joven de buen humor—. Dime, Circe, ¿quién conquistó a quién? ¿Tú al doctor Coughler o Coughler a ti?

—Podría hablarse de flechazo mutuo. En todo caso, es un dato que no tiene importancia, Andy.

—En cambio sí la tiene el hecho de que se trata de una unión entre dos personas muy ambiciosas, una de las cuales, al menos, me parece no anda muy sobrada de fondos y necesita grandes sumas de dinero para mantener su alto nivel de vida. Me refiero a usted, doctor Coughler, y no creo equivocarme demasiado al sentar una afirmación semejante.

—En todo caso, usted no podrá repetirla —gruñó el mencionado.

—Por cierto —exclamó Circe súbitamente—, ¿dónde está Van Reuten?

—Ah, el hombre que daba la cara por vosotros... —Dobbs sonrió alegremente—. Ahora ocupa el sitio de la doctora Banley. Está ya fuera de la circulación. Era el encargado de los trabajos sucios, ¿verdad?

—Circe, este tipo sabe demasiado —murmuró Coughler hostilmente. Y, de súbito, sacó un revólver—. N o l o repetirá a nadie...

—¡Quieto! —exclamó la dueña de la casa—. No seas estúpido; si lo matas, no tendremos su «Movol».

—Hay un ejemplar, ya lo encontraremos...

—¿Y si se avería? Lo necesitamos, créeme. ¿No es así, Andy?

—Eso tú lo sabrás mejor que nadie —contestó Dobbs.

—Escucha, queremos proponerte un trato. Unete a nosotros; lo tendrás todo...

—No, gracias. Por nada del mundo entraría a formar parte de este plan archicriminal. Y aunque me mate tu amigo, debes saber que el «Movol» está momentáneamente inutilizado, ya que le he retirado un par de piezas esenciales, sin las cuales tiene tanta utilidad para vuestros proyectos, como un pollo asado para un robot. Los robots no necesitan pollos asados, me parece.

—Está usted muy sarcástico, profesor Dobbs —dijo Coughler—, Podemos respetarle a usted la vida..., pero tenemos con nosotros a la doctora Banley. —El revólver apuntó bruscamente a la chica—. ¿Qué le parecería si yo le disparase unos cuantos tiros?

Janet palideció.

—Oiga, no se atreverán...

—Sí, me atreveré. Usted ya no nos es necesaria, doctora —exclamó Coughler con voz dura. Miró de reojo al joven—. Y la mataré, si no accede usted a entregarnos el «Movol».

—De todos modos —dijo Dobbs—, me parece que estamos condenados, aunque tardemos algo en morir. Una vez estén en posesión del secreto del «Movol», ya no les seremos necesarios para nada. Con Janet fallaron un par de veces, cuando se dieron cuenta de que ella pretendía meter su bonita nariz en unos circuitos manipulados en la Robotic Supplies. Sabían que sospechaba algo y por ello intentaron secuestrarla en un par de ocasiones, incluso empleando el concurso de un par de falsos policías.

—Sólo queríamos averiguar qué conocimientos tenía sobre el

particular —dijo Circe.

—Sabía únicamente que determinadas partidas de hilos para circuitos llegaban defectuosas. Por eso se quejó a Holmes y entonces, usted, doctor Coughler, decidió que la doctora podía resultar un estorbo..., como lo resultó Holmes, cuando se dio cuenta de que podía encontrarse en un grave conflicto y se negó a seguir suministrando más partidas de ese hilo defectuoso.

Dobbs se volvió hacia Circe.

—Te casaste con él, porque esperabas dominarle por medio de tus encantos y así fue, en efecto, durante algún tiempo. Pero luego el señor Holmes empezó a sentir remordimientos... y entonces llegó el momento de quitarlo de en medio. Murió, te mostraste viuda afligida, por segunda vez... y quedaste dueña de la RS.

—Tienes un cerebro excepcionalmente brillante —elogió Circe—.

Sí, sucedió como lo

has descrito. Pero con la chica en nuestro poder, no tendrás ocasión de repetirlo a nadie. Es decir, si quieres que siga viviendo.

—¡Claro que quiero que siga viva! —exclamó Dobbs—. Aunque no al precio que me pones. No, no habrá una Policía Robótica que obedezca exclusivamente los deseos de unos seres carentes de conciencia. Todo ha estado inteligentemente planeado, debo admitirlo. Primero, se produjeron los delitos cometidos por los robots, en realidad, guiados desde aquí. Luego, sucedió la reacción contraria, a fin de que la gente confiase en los robots aún más que antes. En suma, habéis preparado con gran facilidad el caldo de cultivo que originará el dominio de la gente por los robots..., pero dirigidos éstos por vosotros y para vuestro exclusivo beneficio.

»Este era un centro de control inteligentemente preparado y con posibilidades de dominio de todos los robots con circuitos alterados. Y si alguno era atrapado, como sucedió en el caso del robot que asaltó la joyería de Santos Maldonado, aquí se sabía instantáneamente lo sucedido y, por tanto, se podía formular por radio la única pregunta a la que no puede contestar un robot. Porque un robot, a fin de cuentas, es una máquina calculadora, una máquina en la que las fórmulas matemáticas sustituyen a los

pensamientos. A cada grupo de cifras corresponde una acción, ya sea de movimiento ya sea de respuesta verbal. Esto es algo que se prepara mediante la grabación de los circuitos correspondientes en la fábrica... y a una máquina calculadora se la puede destruir preguntándole cuánto es cero multiplicado por cero. Sencillamente, sus circuitos no lo resisten.

—Eres un tipo inteligente de veras —elogió Circe.

—Tú también lo eres. Recuerdo una llamada video- fónica... Había dos tipos encañonándome con sus pistolas... Sólo querías comprobar si se estaban ejecutando tus órdenes, ¿verdad?

—Si

—Pero sospecho que vuestro plan no se va a poder realizar... ¿Me permites que fume?

—Claro —sonrió Circe.

Dobbs sacó un paquete de cigarrillos. Tiró de uno, pero lo dejó a medias sin extraerlo del todo. Luego miró sucesivamente a Circe y a Coughler.

—Toda emisora de televisión necesita imprescindiblemente de una antena. Yo me pregunté en más de una ocasión dónde podía estar la antena desde la que se controlan cientos de robots y que recibe cientos de señales de imagen y sonido. De pronto, me acordé de cierto árbol que no es común en esta zona. Cuando llegué a las inmediaciones de tu casa, me acerqué al secoya, cuya extremidad sobresale por encima de las colinas y así comprobé mis sospechan. Está magníficamente construido y es una formidable imitación..., pero es un secoya artificial

—Nadie se lo imaginaría, ¿verdad? —dijo Circe satisfecha.

—Fue idea mía —exclamó Coughler orgullosamente.

—En tal caso, doctor, lamento decirle que su idea va a saltar por los aires hecha pedazos. Esta es una caja de control remoto... ¡y ahora mismo se va a producir la explosión!

Dobbs apretó una de las esquinas del supuesto paquete de cigarrillos. Un distante trueno llegó segundos después al sótano.

El suelo tembló ligeramente. Loco de rabia, Coughler apretó el gatillo, pero el joven había adivinado su intención y esquivó el balazo, saltando a un lado.

Coughler disparó de nuevo, sin darse cuenta de que ahora Circe estaba en la línea de tiró. Se oyó un grito desgarrador. Circe intentó llevarse las manos a la espalda, mientras se tambaleaba horriblemente.

Los ojos del doctor Coughler se desorbitaron.

—¡Circe! Yo no quería...

El científico dejó de hablar en el acto, cuando un puño, conectado con dureza a su mandíbula, lo hizo caer de espaldas. Dobbs le miró duramente.

—Pagará por este crimen, doctor —dijo.

*
*
*

—Bueno, ya hemos llegado —exclamó Dobbs alegremente.

Abrió la puerta del aeromóvil y «Eddie» se precipitó fuera en el acto. Dobbs y Janet salieron a continuación.

—Estoy pensando... —dijo él.

—¿Sí, querido?

—Todavía quedan algunos días de verano. No sé si empaquetar la tienda de campaña...

—Por mí, no hay inconveniente —dijo Janet—. Hasta el primero de octubre no tengo que volver al trabajo. Me han nombrado directora de la fábrica, pero me imagino que ya lo sabes, Andy.

—Sí, lo sé, y ahora que estoy en tratos para la utilización del «Movol». Habrá inspecciones más rigurosas de los circuitos primarios y...

Miró a la chica y sonrió.

—Sin embargo, supongo que esos problemas pueden esperar un poco —añadió. Janet le devolvió la mirada.

—Sí, pueden esperar —convino—. Andy, ¿qué hace un recién casado con su esposa el día de su boda?

—Oh, dispénsame...

Dobbs levantó en brazos a la chica y entró en la casa. «Eddie» les siguió. Al cruzar la puerta del dormitorio, Dobbs dejó a Janet en el suelo. A continuación, se volvió y agarró al perro por el collar.

—«Eddie», lo que va a pasar a continuación es aún reservado exclusivamente a tus amos —dijo.

«Eddie» ladró cuando la puerta se cerró. Luego, como un can fiel, se tendió ante la entrada. Su instinto le decía que debía vigilar para que nadie molestase a sus amos en aquellos instantes.

F
I
N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.